

no 11  
80

611

REAL ACADEMIA DE FARMACIA  
DE BARCELONA

Discurso de ingreso del  
M. I. Dr. D. JOSÉ LUIS GÓMEZ CAAMAÑO

Discurso de contestación del  
M. I. Prof. D. ALFONSO DEL POZO OJEDA

C/11

4 abril 1967

Excmo. Sr. Presidente, Excmos. e Ilmos. Srs., Muy Illres. Srs. Académicos, Señoras, Señores:

Creo que todos los hombres tenemos archivados en nuestro pensamiento ciertos anhelos que nos encaminan insensiblemente hacia metas que no suelen hacérsenos patentes hasta que la alegría que nos produce su consecución nos permite percibir las; esto es lo que sentí al ser elegido para formar parte de esta docta corporación, ya que el contento producido me dio la medida exacta de mi deseo de pertenecer a ella.

Pero una cosa es la satisfacción de un anhelo y otra es explicarse porqué se ha conseguido. Al recibir un honor, un reconocimiento de méritos, o cualquier otra dádiva con que la Sociedad procura premiar-nos, convergen en nosotros una serie de ideas encontradas, de emociones indescifrables y de sentimientos indefinidos que nos impiden comprender con claridad cuál es la causa motriz del feliz suceso.

Vemos también, en determinadas incidencias de la Historia de la Ciencia, como las Academias no aceptan rápidamente las nuevas concepciones y como historiadores poco profundos las critican, sin darse cuenta que posiblemente esta resistencia académica sea el acicate preciso para que se perfile la obra, se sedimente y adquiera la dimensión científica que la va a hacer perdurable. Creo pues, que las Academias lo que buscan más afanosamente es la medida.

Supongo, por tanto, que me habéis traído aquí porque me consideráis hombre maduro. Ahora, después de este somero análisis, me corresponde daros las gracias pues, teniendo en cuenta mis merecimientos, me consta que habéis tenido que poner mucho de vuestra parte para conseguir que la balanza se inclinase a mi favor.

Pero es difícil que hasta en los sucesos más jocundos no haya algo que empañe su felicidad integral. Como sabéis, la medalla número 5, con cuya posesión me vais a honrar, fue ostentada con anterioridad por D. Juan Solanes Ponseti, esta circunstancia me produce la pena natural de que la consecución de este personal deseo haya sido posible por la desaparición de un miembro benemérito del grupo del que voy a formar parte y que además me da una escueta y enjuta lección de filosofía; hace unos diez años se celebraba una ceremonia análoga a ésta en honor de Solanes, hoy en el mío y en un mañana, cuya fecha

exacta sólo Dios sabe, será mi sucesor el que reciba idénticos honores.

No tuve el placer de conocer y tratar a Solanes, por tanto no puedo hacer una semblanza de primera mano, pero éste no es un grave inconveniente para un historiador que debe necesariamente estar acostumbrado a identificarse con su personaje, lo que en este caso es doblemente fácil porque Solanes fue un auténtico farmacéutico, continuador de una tradición secular, cuyas figuras más sobresalientes no son tan familiares y queridas.

Hace unos veinte años había en Barcelona un grupo de Académicos correspondientes a la Real Academia de Farmacia de Madrid, que se agruparon con el actual Presidente de esta Real Academia, Profesor San Martín, creando una especie de sección informal dependiente de Madrid. Pues bien, entre este grupo, que podemos considerar como genético de esta corporación, se encontraba mi antecesor y con la Academia, y en la Academia, estuvo siempre, hasta su muerte ocurrida en 22 de agosto de 1963. Formó parte de la Sección correspondiente de Madrid, cuando ésta tomó estado legal y posteriormente, el 19 de febrero de 1957, cuando se constituyó como independiente esta Real Academia, fue nombrado, por derecho propio, Académico numerario con esta medalla número 5.

Se puede considerar pues a Solanes, más que como un fundador, como uno de los creadores de esta Real Academia de Farmacia de Barcelona, por lo que todos los farmacéuticos le debemos agradecimiento y admiración. Descanse en paz.

**"DE RE PHARMACEUTICA"**

**"ESTAMPAS DE LA HISTORIA"**

*"Que examine maduramente el resultado presumible de todos los asuntos, el presente estado de cosas, así como las ventajas y las desventajas de todo lo que ha ocurrido".*  
*Leyes de Manú. — Libro séptimo, vers. 178.*

## I. EXPLANACIÓN

Mi intención al preparar este trabajo ha sido encauzarlo hacia la Farmacia considerándola únicamente como ciencia, pero, sin volverme atrás de mi propósito, he visto patentemente la imposibilidad, o por lo menos la gran dificultad, de poder separar los conceptos científico y profesional, sobre todo en ciertas coyunturas históricas, en las que no hay más remedio que rozar la profesionalidad, ya sea como causa o como efecto, pero quiero que quede suficientemente claro de que si, a lo largo de mi relato se deslizan algunas referencias al farmacéutico en el desempeño de su profesión son solamente circunstanciales, o como apoyatura precisa en determinadas cuestiones, pero que de ninguna manera me van a servir como datos para sentar conclusiones.

Esta dificultad de separar ambos campos de acción comprende fácilmente por la especial complejidad de la Farmacia, que se nos aparece, con delineada nitidez, en cuanto nos remontamos a sus orígenes.

Casi todos los autores aceptan que en el siglo V a.d.C. se empezó a conocer la ciencia substantiva y se iniciaron y encauzaron algunas de sus ramificaciones; entre el grupo de conocimientos que, en aquella época, llegaron a tener coherencia y rango hay que destacar la Medicina. Posiblemente, si exceptuamos la Matemática, ninguna ciencia ha tenido un basamento tan sólido como lo es el «Corpus Hipocraticum». El hecho de que tanto Aristóteles como Platón, busquen con frecuencia en la Medicina los ejemplos prácticos convenientes para aclarar y confirmar sus teorías, nos muestra la evidencia de unos escritos muy completos, hoy desaparecidos en gran parte, de los que se podían tomar con seguridad y verosimilitud las citas necesarias.

La doctrina médica hipocrática es en realidad el orto de una tercera medicina, en la que el enfermo adquiere valor como unidad totalmente diferenciada, lo que fatalmente había de ser así si la Medicina quería vibrar al unísono de la filosofía helénica y estar de acuerdo con las ideas de libertad e individualismo del ciudadano griego.

Esta medicina basada en el hombre, sin más ayuda en el diagnóstico que la obtenida en el examen del propio enfermo, tenía necesariamente que buscar unos remedios que completasen su obra y que estuviesen de acuerdo con sus directrices, por tanto, debía alejarse, en igual medida, de las lucubraciones de los primeros asclepiades, de las prácticas míticas que acompañaban a los misterios órficos y eleusinos y de la tradicional medicina mágica y astrológica que, con gran prestigio, llegaba de las áridas llanuras mesopotámicas y del fértil valle del Nilo.

Concretamente, la Escuela de Cos tenía precisión de medicamentos y son los propios médicos hipocráticos los que los estudian y preparan, teniendo siempre en cuenta las características generales de la doctrina hipocrática.

Considerando al «Corpus Hipocraticum» como la raíz de la Medicina científica, hay que aceptar que en él está también la piedra angular de la Farmacia como ciencia. Los médicos hipocráticos estudiaban al enfermo de una manera racional y ordenada; por tanto, los medicamentos que preparaban y administraban eran consecuencia de los datos proporcionados por el examen del enfermo y los efectos que producían en el organismo eran considerados como piezas del estudio general de un ciclo cerrado, que se movía en el sentido del médico al medicamento, pasando por el paciente y revertiendo en el médico con gran riqueza de observaciones, datos y conclusiones.

Aquí, pues, en Cos, en esta pequeña isla del mar Egeo, se forja en el siglo V, antes de la llegada de Jesucristo, la auténtica ciencia farmacéutica, la que estudia remedios para curar las enfermedades, sin importar quién es el autor y si solamente para qué y para quién están elaborados.

En escueta verdad, el término que estoy empleando de ciencia farmacéutica carece de sentido histórico al referirme a la Grecia clásica, pero lo hago, en primer lugar, porque, aunque desconocido, el germen estaba allí y también para proporcionar mayor claridad a lo que pretendo decir, ya que para hablar correctamente había que englobarla en el nombre genérico y plural de ciencias médicas dentro del conjunto general de la ciencia helénica.

El conocimiento griego se basaba, casi siempre, en una recolección de observaciones de la naturaleza, que con los elementos de que entonces se disponía no era posible sobrepasar. Se puede afirmar que este conocimiento era conceptual considerándole como un pensamiento expresado en palabras, lo que Whewell llama con extraordinario acierto «método verbal» y también en el sentido de conceptualismo, ya que, con los rudimentarios métodos y medios de observación e investigación de que se disponía, se hacía indispensable dar valor de realidad a las ideas concebidas por la mente.

La ciencia griega, en cuanto se confunde en parte con la filosofía, adquirió como básicas estas concepciones mentales, que se pueden considerar como los «universales», que excedían ampliamente de lo observable y desde luego de lo experimentable, pero que a menudo se nutrían de lo puramente «individual», que en este caso representaba la realidad. Indiscutiblemente, la Escuela de Cos, reúne los requisitos fundamentales para que su doctrina y su método puedan ser considerados como integrantes de esta ciencia; los médicos hipocráticos observan al enfermo le diagnostican y le curan dentro de la más estricta realidad «individualizando» su trabajo, pero, aparte, componen su teoría sobre la especie humana, la enfermedad y la salud que, a mi manera de ver, son los «universales» de la Escuela.

Los medicamentos de la Escuela de Cos participan tanto en los «individuales», desde el momento en que se preparan pensando en un determinado enfermo, o sea en la realidad misma, como en las concepciones universales, que constituían la auténtica doctrina hipocrática.

El otro hito de las ciencias médicas de la Antigüedad, que lleva el nombre de Galeno, es una especie de contrapunto, complicado, de la Escuela de Cos. Trata Galeno de componer una teoría coherente y congruente con las sistemáticas de todas las escuelas médicas anteriores a él, teniendo como patrón y fundamento las ideas hipocráticas.

Pero desde Hipócrates hasta Galeno han sucedido muchas cosas, ha existido Aristóteles, que ha mejorado los métodos de trabajo y ha puesto en evidencia muchas verdades pero, desgraciadamente, también ha dogmatizado mucho; en las escuelas médicas alejandrinas se ha practicado la disección de cadáveres humanos; se ha usado largamente de la polifarmacia y, por último, hace apenas cien años que ha muerto Jesucristo y todas estas circunstancias, unidas a la fundamental del medio ambiente, influyen, en diferentes grados, en la medicina galénica, pero no en el sentido beneficioso y progresivo que cabía esperar, pues su iniciador y titular no tuvo fuerzas suficientes para crear una teoría absolutamente original, o por lo menos más avanzada, teniendo en cuenta los antecedentes, los conocimientos de la época y que los medios de que disponía eran muy superiores a los que tuvieron los hipocráticos.

Pero no es mi intención hacer crítica de los métodos galénicos sino procurar un cauce epistemológico a la ciencia farmacéutica y, en este sentido, Galeno es de auténtica importancia y de sin igual transcendencia.

Si trazamos un paralelismo entre las teorías de Hipócrates y de Galeno, observaremos que la teoría galénica es muy inferior a la hipocrática, porque no avanza; deja sin resolver en Roma la mayor parte de los problemas planteados en Grecia seis siglos antes y, sin embargo, en

un posible afán de originalidad, los complica con una sistemática tan revesada que solamente pudo tener aceptación en el cerebro masoquista de los científicos medievales.

Si en lugar de hacer un estudio de las ciencias médicas en su conjunto, nos preocupamos de separarlas en sus diversas especialidades, indudablemente encontraremos cierto progreso en cada una de ellas. Concretándonos a la Farmacia, es evidente que con Galeno se encauzó definitivamente en sus aspectos científico y técnico.

Galeno, aunque médico griego, heredero y compilador de las medicinas helénica y helenista, no podía escaparse del ambiente pragmático de Roma y, en consecuencia, sus explicaciones iban seguidas, inflexiblemente, de los remedios que habían de aplicarse tal como escribe en sus obras «Methodi medendi» y «De simplicium medicamentorum temperamentis et facultatibus». De acuerdo con ello, a partir de Galeno e incluso durante su vida, se dio extraordinaria importancia a la preparación de los medicamentos y a su estudio; ejemplo y muestra excepcional es otra obra galénica titulada «De compositione medicamentorum».

Aparte de estas prácticas farmacéuticas, que alcanzaron un nivel extraordinariamente elevado, por el cuidado exquisito que ponía y hacía poner Galeno en estas preparaciones, los remedios farmacéuticos entraron también dentro de su sistema fisiopatológico, ya que su lema «contraria contrariis opponenda», no representa más que la creencia de que el equilibrio humoral se podía mantener por la acción de los medicamentos.

Hay pues que aceptar que los grandes médicos de la Antigüedad consideraron a la ciencia médica como un todo, quizás dotado de cierto eclecticismo, en el que concurría la Farmacia, en unión con la Patología, la Anatomía y la Cirugía y se empezaba a vislumbrar la Fisiología. Posiblemente lo hicieron así por no encontrar significado a cada una de dichas materias por separado.

En realidad esto ocurría en todas las ramas del saber, porque la ciencia tiende hacia la universalidad como único camino para poder dictar las leyes naturales, y en aquellas épocas de génesis, todavía era más necesario el estudio enciclopédico, no sólo por el método de la Ciencia en sí, sino también teniendo en cuenta las escasas probabilidades de penetrar en los diferentes estadios del saber y, por el contrario, la llanura desconocida y sin límites que se ofrecía tentadora al estudioso y al pensador cuando querían ganar en extensión de conocimientos.

En consecuencia, me ha parecido conveniente estudiar si la ciencia farmacéutica es un caso más, que confirma la regla, o por el contrario, si en buena lógica no puede tener realidad separada de la ciencia médica, considerada ésta en «strictus sensu».

La Farmacia está considerada como una ciencia aplicada, pero se me ocurre la pregunta: ¿De qué ciencia pura?

La respuesta más rápida e intuitiva puede indicar a la Medicina. Pero la Medicina es principalmente una ciencia aplicada y una técnica para curar las enfermedades, sin embargo Aristóteles creía que la «theoria» es una variedad de la «praxis», podíamos decir que es la «praxis» suprema, cuando sus fines se satisfacen en ella misma de una manera autárquica sin referirse y sin necesitar ayuda de nada exterior. En este sentido puede considerarse a la Medicina como una ciencia pura en el momento que estudia la fisiopatología humana, sin tratar de corregirla ni enmendarla, o sea por el solo conocimiento del hombre por el propio hombre y si prosigue la investigación experimental es únicamente para que este saber sea cada vez más amplio y certero.

Aquí es donde creo que se encuentra la auténtica doctrina de las ciencias médicas, la que, en su concepción más simple, no es ni más ni menos que una serie de conocimientos comunes y necesarios a todos los que, de un modo u otro, practican las ciencias del curar. Si como consecuencia aceptamos que la ciencia médica, en su abstracción, puede ser la ciencia pura correspondiente a la Farmacia, necesariamente hemos de llegar a la conclusión de que los farmacéuticos, considerados como hombres de ciencia, han de tener conocimiento completo de esta doctrina.

Si, por el contrario, no damos como respuesta válida a nuestra interrogante de que la ciencia médica en su abstracción puede ser la ciencia pura correspondiente a la Farmacia, hemos de buscar otras soluciones.

Es indudable e indiscutible que las ciencias puras poseen su propia filosofía, o quizás en determinados momentos son ellas la filosofía misma, y que las ciencias aplicadas que de ellas se derivan se rigen en realidad por los preceptos de esta filosofía.

Si, apriorísticamente, desechamos a la ciencia médica como conocimiento tutelar de la Farmacia nos es difícil encontrar su sustituto. La dificultad estriba principalmente en seleccionar una, entre las varias ciencias que auxilian a la Farmacia. Pues si vamos eligiendo sucesivamente, o simultáneamente, las ciencias de las que se va nutriendo sin tomar más que lo necesario para sus propósitos, sin darlas contenido substantivo y formal, convertiríamos a la Farmacia en una entidad acéfala que se encamina hacia su objetivo sin contenido propio.

Ni la Botánica, ni la Química, que son las ciencias que más contacto han tenido con la Farmacia, pueden cada una de ellas asumir satisfactoriamente este papel, pues, si bien es cierto que en muchas ocasiones han estado, y siguen estando, presentes en la técnica farmacéutica, su compenetración, y hasta si se quiere su identificación, con ella

ha sido por sus métodos de trabajo y como ayuda eficaz, pero en ningún momento se puede considerar a la Farmacia exclusivamente como una Botánica o una Química aplicadas, principalmente porque tiene una filosofía de acuerdo con sus fines, que no es la que corresponde a las ciencias químicas y naturales.

En efecto, el objetivo exclusivo e imperativo de la Farmacia es poner fin, o por lo menos remedio, al sufrimiento humano y, por tanto, su filosofía es la del dolor, que es también en definitiva la filosofía médica. Es el conocimiento perfecto del hombre enfermo, poseedor de una personalidad fortísima, con un «yo» exaltado. En la frase «a mí me duele», el vocablo «mí» (mío) alcanza un nivel de diferenciación elevadísimo y el doliente, en los momentos de crisis más aguda, separa a la Humanidad en dos grupos, uno formado por él, única y exclusivamente y el otro por el resto de la sociedad. Pues bien, la ciencia médico-farmacéutica por medio del conocimiento perfecto del cuerpo humano y de sus anormalidades ha de lograr, nada menos, que la integración de esta extraña personalidad en la sociedad, que abomina en muchos casos y de la que siempre se siente diferente.

Vemos, pues, como por distintos caminos volvemos a fundir las ciencias médica y farmacéutica, como partes de un todo.

Creo sin embargo que la ciencia farmacéutica no ocupa el puesto que le pertenece, en constante diálogo con las demás ciencias médicas.

Las causas aparentemente son varias, pero en realidad todas se unifican en la falta del hombre creador, su filósofo, o su definidor. Las ciencias puras, o aplicadas, que han tenido la suerte de encontrarse a sí mismas, desde su iniciación, en figuras extraordinarias, que las han creado y luego representado como símbolos indiscutibles a través de los siglos, han conseguido mantenerse y crecer en un constante orto.

Muchos son los ejemplos que podría aportar, pero ciñéndome únicamente a las ciencias del curar, se puede observar como la Medicina encontró en Hipócrates, o en lo que él representa, su grito de guerra y su norma de conducta, pues la frase «no hay enfermedades sino enfermos», encierra gran parte de la filosofía médica y todo un cuerpo de doctrina.

Como consecuencia de lo anterior, se puede deducir que la aparente falta de doctrina farmacéutica no radica en su no existencia, sino que no la podemos hallar por separado, ya que se encuentra arropada dentro de las máximas de la Escuela de Cos, íntimamente unida a la doctrina de las ciencias médicas, o, mejor dicho, es parte integrante de ellas.

La mencionada y celeberrima frase hipocrática, posee unas características individuales y realistas, que evidentemente tienen un auténtico valor para cada enfermo en particular, pero el conjunto de estas

particularidades no puede considerarse como la ciencia médica misma, sino solamente como la entidad encargada del aporte de materiales muy útiles, y a veces imprescindibles, para su constitución.

Aparte de los casos individuales y reales, existe la enfermedad con carácter universal, que no tiene vigencia sino en ellos, pero que posee el carácter teórico capaz de ser constituyente de la auténtica ciencia.

La Farmacia no va a la cabecera del enfermo, no lucha hombro a hombro con él, como decían los hipocráticos, sino que debe estudiar la enfermedad y sus remedios en la soledad de su laboratorio y este estudio, experimental y teórico a la vez, la faculta para ser considerada como uno de los «universales» de la Escuela Hipocrática y, por tanto, entra de lleno en la doctrina que personaliza el viejo de Cos y se podía sostener, parodiándole, que para la Farmacia no existen enfermos sino enfermedades, lo que en realidad representa afirmar que la Medicina y la Farmacia son conocimientos complementarios. Pero en la ciencia las fronteras no tienen la rigidez geográfica y existen amplias zonas comunes, que podríamos llamar «tierra de todos», y que en el caso de las ciencias médicas posee una amplitud verdaderamente excepcional, de tal forma que los conocimientos comunes a las ciencias del curar (doctrina) deben abarcar a todos los fundamentos, dejando exclusivamente para la Medicina los conocimientos que según la nomenclatura de Rickert, se basan en «individualidades cualitativas» y que se refieren a un «ser distinto» base de la realidad médica. Por su parte la Farmacia en su fase de separación, o mejor de especialización, debe acoger los conocimientos más universales o generalizados constituidos por «individualidades cuantitativas».

Al no estar claramente establecido este auténtico rango de la Farmacia, que se creó en los más remotos orígenes de las ciencias médicas, se produce una desorientación entre muchos profesionales que no saben con exactitud cuál es su puesto dentro de la ciencia.

Una vez explanada así la cuestión, voy a tratar de explicar y de justificar, por medio de una especie de dioramas históricos, cómo he llegado a permitirme estas afirmaciones.

*"Distinguimos entre causa y culpabilidad: cuando se expone porqué ha ocurrido algo y cómo fué hasta inevitable que ocurriese así, se está ya involuntariamente en camino de excusarse. La causa es ciega y pertenece al determinismo; la culpabilidad ve claro y pertenece a la libertad... La causalidad histórica parece liberar al pueblo de toda responsabilidad".*

*Karl Jaspers: "La culpabilité allemande".  
Les éditions de Minuit, Paris.*

## II. ESTAMPAS DE LA HISTORIA

### a) *Estampa medieval.* — Seudoindependización de la Farmacia.

En el siglo VIII vió la Cristiandad cómo Carlomagno pretendía crear un Imperio que asumiese, en la civilización un papel análogo al del Imperio Romano, pero, por una complicada suerte de circunstancias, el remedo no pudo ni compararse con el original; por su parte el Islam había alcanzado su límite de expansión por Occidente hasta Francia, donde le detuvieron las huestes de Carlos Martel. La gran extensión territorial alcanzada le permite que, lejos de las fronteras en lucha de reconquista, se entronicen auténticos focos de cultura.

Esta *völkerwanderung* arábica tiene, aparte de sus glorias militares, un carácter especial, que a nosotros nos interesa extraordinariamente y es su aire de re-creación cultural.

Alejandro Magno, en su rutilante marcha hacia Oriente, transportó, entre los bagajes de su ejército, el saber helénico en casi su integridad, que parece que los árabes quieren devolver, en movimiento pendular, a Occidente, pero aumentado con los conocimientos helenista y romano, evitando su pérdida y lo hacen con tanto acierto que los escritores de la Cristiandad suelen citar con detalle el nombre del autor árabe y raramente el autor helénico de donde procede el conocimiento.

Concretándose a las ciencias médicas, se observa como los sabios arábigos recojen y traducen, entre otras, las obras de Hipócrates y Galeno, preferentemente de este último, pues sus teorías no les eran difíciles de asimilar y sobre todo eran «cómodas» de practicar, a pesar de su complicada estructura.

Entre los siglos VIII y IX, crean los árabes los famosos «grabadines», en los que se detallan las operaciones precisas para la preparación de los medicamentos usuales en la época, se dan sencillas explicaciones y se dictan normas para que los hombres encargados de estos menesteres se sometan a ellas.

Las apariencias parecen indicar que se está estableciendo una nueva profesión, la de farmacéutico, pero a estos practicantes creo que no se les debe dar más título que el de «preparadores de medicamentos».

Me baso, para sentar esta afirmación, en como Mesué, Razés, Avicena, nuestro sevillano Abenzoar y los cordobeses Averroes y Maimónides, todos ellos médicos y filósofos, siguen preocupándose siglos después, (siglos XI y XII) de las preparaciones farmacéuticas, son ellos precisamente los que escriben los tratados y también los que dogmatizan, construyen y vigilan esta rama de la ciencia del curar.

Mesué el Joven, escribe su obra de «Re médica», considerada, en el medioevo y principios de la Edad Moderna, como el «evangelio de la Farmacia»; Avicena, durante su complicada vida, tiene tiempo de preocuparse de los medicamentos en su «Canon medicinal»; Averroes, creador de una especie de escolástica capaz de hacer compatible a Aristóteles con la teología alcoránica, dedica parte de su tiempo a perfeccionar los remedios de la época y, por último, el judío Maimónides, estudia, entre otros preparados, los venenos y sus antidotos.

Podría citar, con poco esfuerzo bibliográfico, muchísimos escritos, dedicados a la Farmacia y redactados por médicos árabes, pero no es mi intención efectuar un estudio completo sino sencillamente aportar los suficientes datos para apoyar mi tesis y, además, no creo necesaria esta extraordinaria aportación, puesto que basta decir que todas las obras farmacéuticas, o mixtas de medicina y farmacia, son creación médica y los que yo llamo, «preparadores de medicamentos» no elaboraron nada original, y se contentaron, o no tuvieron más remedio que contentarse, con actuar de acuerdo con las normas dictadas por los médicos.

Concretamente, a estos «preparadores» no se les puede considerar como farmacéuticos, con arreglo a nuestra actual mentalidad, pues no crean, ni dirigen, ni, lo que es peor, conocen la ciencia, son sencillamente unos hombres que actúan al dictado de otros.

Por tanto, creo que en la Civilización Árabe no se separan las ciencias médicas y el llamado médico sigue siendo el poseedor y administrador de la totalidad de dichas ciencias.

Sin embargo, esta aparente separación, creída por mucho tiempo como real, es de tan extraordinaria transcendencia que ha influido, de manera decisiva, como trataré de probar más adelante, en la profesión

farmacéutica, ya que aquí se inicia un cisma, que no tiene realidad inmediata, pero que permanece latente durante siglos y que por fin se produce en definitiva en el siglo XIX. Este cisma, al que me refiero, no sólo se produce entre la Medicina y la Farmacia, sino que es mucho más grave, pues las que se van separando insensiblemente son la ciencia y la profesión farmacéutica.

A los boticarios de los siglos XVIII y XIX, con el concepto que tenían de la ciencia farmacéutica, les pareció que esta pseudoseparación de la Medicina y la Farmacia, era sumamente beneficiosa para ésta, pero nosotros no podemos aceptar como buena una solución que por siglos separa al profesional farmacéutico de la ciencia creadora de su propia profesión y que es a la vez su razón de ser y de existir.

Los médicos árabes nunca pretendieron separar la ciencia médica de la farmacéutica, entre otras cosas porque no podían concebir dicha separación, ya que sus conocimientos y forma de actuar eran casi un calco de la medicina de la Antigüedad, principalmente de acuerdo con las teorías de Galeno. Lo que, a mi juicio, ocurrió es que, entusiasmados por los estudios teóricos quisieron dedicarse de lleno a la vida teórica, a imitación de los filósofos griegos y delegaron en personal subalterno las labores manuales propias de su profesión.

No les hacía falta que estos auxiliares fueran hombres doctos, pues siempre estaría con ellos un médico, que, sin contaminarse, podría señalar con su puntero dónde había que cortar o rajar y qué drogas tenían que introducirse en el mortero.

Insisto, pues, que los médicos árabes, no dividieron la ciencia médica, que se reservaron íntegra para ellos, lo único que hacen es iniciar la costumbre de que las prácticas que constituyen lo que luego fue la Cirugía y lo que se consideró como Farmacia, se ejercitaron subalternamente por hombres no médicos.

¿Qué ocurría mientras tanto en la Cristiandad?

Con anterioridad a los sucesos relatados, en el alborar del siglo VI, surge una figura que estimo como providencial para el futuro de la sociedad cristiana occidental; me refiero a Benito de Nursia, que, convencido de la inutilidad de su vida en el desierto, retorna a la sociedad y se constituye en el creador de una orden monástica, que, en cierto sentido, reforma la manera de vivir con su regla estricta e ineludible de que todos los monjes debían efectuar trabajos manuales. Con esta obligación, cuyo ejemplo trascendió a los seglares, en el valle de Subiaco y los alrededores de Monte-Cassino, donde se establecieron los primeros monasterios, se reorganizó la agricultura, y, además, en el interior de los conventos se empezó a trabajar, con cierta timidez, en la ciencia médica experimental, principalmente en la preparación de medicamentos, ya que la Cirugía no estaba muy de acuer-

do con la regla monástica, según la opinión de aquella época y que se confirmó más tarde en Turs en 1163, en Letrán en 1205 y por último por Bonifacio VIII, que en 1300 prohíbe incluso que los clérigos hagan autopsias, pues representa poco respeto al género humano, y desde luego muy poca veneración hacia los difuntos.

Este espíritu de trabajo de los primeros monasterios se fue propagando a los de más reciente creación, que se multiplicaron por todos los ámbitos de Occidente y que se supone fué también el iniciador de la Escuela de Salerno.

En esta escuela, considerada por muchos como la primera Universidad, se estudia Medicina, se preparan medicamentos y hasta cosméticos, pero por ninguna parte aparece la separación, en lo que a la ciencia se refiere, entre médicos, y los todavía, por consecuencia, desconocidos farmacéuticos y son precisamente los médicos Garioponto en su «De dinamidiis» y Nicolás Prepósito en su «Antidotarium Parvum» los que tratan de la preparación de medicamentos.

Nada se encuentra de interés, referente a las ciencias médicas, hasta llegar a la baja Edad Media, pero ciertos sucesos de esta época son de gran trascendencia para la Farmacia, porque nos permite observar el rumbo elegido por los boticarios ante esta variedad de caminos que se les presentaba. Estos hechos son: el Escolasticismo y la creación de las Ordenes Mendicantes, las Universidades y las Agremiaciones.

El Escolasticismo obliga a los científicos de la época a dirigir sus esfuerzos en aunar el saber griego, principalmente el de raíz aristotélica, con el Cristianismo, pero, siguiendo la disciplina carolingia, primero en las escuelas y luego en las Universidades, la enseñanza consistía en lecturas y comentarios de las diferentes «quaestiones» y, como consecuencia, todos se preocupan, casi únicamente, en confeccionar silogismos que puedan aclarar y hacer más útiles las lecturas de los textos antiguos, algunos de ellos consultados en traducciones de tercera mano. Los médicos consultan continuamente a Galeno, al que no solamente no contradicen, sino que ni siquiera se les ocurre la posibilidad de poder hacerlo; por tanto, no tienen ningún interés en la investigación y en la ciencia experimental, ya que Galeno había recopilado todo lo que se podía llegar a saber.

El mismo Rogerio Bacon, que creó la llamada por él «Ciencia experimental», fue en realidad casi exclusivamente teórico y se puede asegurar que el trabajo práctico estaba casi circunscrito a los alquimistas, ya en su etapa decadente y marrullera.

La necesidad de leer y comentar a Galeno continuamente, unido a lo poco elegante que se consideraba la experimentación en la que, según creencia de la época, intervenían más las manos que la mente, hizo que los médicos cristianos, igual que habían hecho con anterior-

ridad los mahometanos, delegaran la preparación de los medicamentos en unos hombres menos cerebrales y cultos, pero hábiles en los trabajos de laboratorio. Estos hombres recibieron el nombre de *speziale* en Italia, *épicer* en Francia y en España *especieros* con la variedad catalana de *especier*.

La creación de las Ordenes Mendicantes de las Universidades es consecuencia directa, como reacción, del descrédito en que había caído el clero secular en la opinión de las gentes y el abandono en que se encontraba la cultura. Aunque los motivos de su fundación fueron diferentes, el hecho cierto es que se integran tan fuertemente las Ordenes Dominica y Franciscana en las Universidades, que es casi imposible separarlas. Con el origen eclesiástico de las Universidades y con las tendencias de la Escolástica, se considera a la Teología como la ciencia fundamental, la ciencia de las ciencias y, como consecuencia, es la que principalmente se enseña y comenta en todas las Universidades. Pero muy cerca de Dios y del alma humana estaba aquel cuerpo perecedero, creación máxima del Todopoderoso y cuyo conocimiento y conservación también importaba mucho y por tanto se establecen los estudios de Medicina en las Universidades de París, Padua, Bolonia y Oxford y se crea la de Montpellier, casi únicamente dedicada a las Ciencias del Curar.

En esta baja Edad Media, ya están creados los burgos, por un estado llano ávido de liberarse del señor feudal y dentro de estas agrupaciones humanas adquieren los burgueses un poder que hasta poco tiempo antes parecía imposible de conseguir y, en algunas ciudades italianas, llegan incluso a emparentarse con la nobleza. Pero lo más importante para nosotros es que estos burgueses, artesanos, mercaderes o artistas, como quiera llamárseles, se asocian, para aumentar su poder, en gremios o hermandades.

En el momento de elegir, ¿qué hacen nuestros especieros?

Con extraordinaria unanimidad, en todas las ciudades europeas, actúan como lo que son y como se ha querido que sean: una mezcla de artífices y mercaderes. No se observa en ellos ni un atisbo de querer ingresar en las Universidades como corporación, ni ninguna inquietud para incorporarse al saber médico de la época; se conforman con agremiarse, separados o unidos con otras profesiones más comerciales todavía, y siguen actuando al dictado del médico.

En ningún documento de la época, incluso cuando los especieros reciben el nombre de *boticarios*, se encuentra la más mínima mención de alguna actuación científica y sí muchas en las que se ve bien claro su actividad subalterna con relación a los médicos. Incluso en las Ordenanzas de Federico II de 1241, tanto los «*stationarii*» que vendían solamente medicamentos simples, como los «*confectionarii*», que debían

preparar medicamentos compuestos, ejecutando escrupulosamente las órdenes de los médicos, debían someterse a la vigilancia del «collegium medicorum» y lo mismo ocurre en las Ordenanzas de los Colegios de Boticarios, que se constituyeron por los siglos XIV y XV.

En relación con las Universidades, parece ser que en alguna hubo clases dedicadas a boticarios, concretamente en la Universidad de Montpellier y, en las postrimerías de la Edad Media, en Valencia, donde en la Cátedra llamada «Cirogismes» el profesor había de leer «la mitad del temps als cirugians e l'altra mitad als apotecaris», pero, a mi entender, no se pueden considerar estos estudios más que como una especie de instrucción que daban los médicos a los boticarios para que comprendieran mejor sus disposiciones y no como auténticos estudios farmacéuticos ya que en el profesorado no participa ningún boticario y está totalmente formado por médicos, posiblemente especialistas en «Pharmacopea», lo que, en lugar de contradecir, sirve de apoyatura a mi tesis de que durante la Edad Media las ciencias médicas en su plenitud eran cultivadas únicamente por los llamados físicos y que tanto los boticarios como los barberos, sangradores y cirujanos, eran solamente personal auxiliar especializado en trabajos manuales.

b) *Estampa renacentista.* -- El torbellino.

Con la toma de Constantinopla por los turcos, se inicia, en 1453, lo que a partir del siglo XIX recibe el nombre de Renacimiento. Este renacer, este volver a las fuentes de la Ciencia en su auténtica versión, no se manifiesta tan acuciantemente en las ciencias médicas como en otras ciencias y artes. La mayoría de los médicos prefieren seguir las teorías de Galeno que les han llegado a través de la civilización siríaca y algunos adoptan prudentemente un término medio, como Girolamo Frascotoro, que acepta en gran parte lo que la tradición le ha legado pero lo somete a una nueva crítica constructiva y crea por su parte nuevas teorías, como la del «contagio animado». Pero la auténtica revolución renacentista en las ciencias médicas fue iniciada y mantenida por la desconcertante figura de Paracelso.

Paracelso asustó a sus contemporáneos, más por sus ademanes que por lo avanzado de sus teorías, pues en realidad fué uno de los muchos hombres jánicos que nos brinda el Renacimiento. Sus desaforados gritos contra la Ciencia antigua no eran absolutamente sinceros, ya que en gran parte de sus teorías chorrean arcaísmo. Quizás donde demostró mayor modernismo fue en la incorporación de ciertos medicamentos minerales al acervo galénico y desde luego, con sus transcendentales frases logró que gran parte de los alquimistas diesen más importancia a la preparación de nuevos medicamentos, que a la inútil transmuta-

ción de los elementos, que ahora sabemos imposible con las técnicas de que disponían.

La actuación de Paracelso tuvo de positivo que, al aficionar a los hombres a la química, puso a los boticarios en primera fila ya que por su profesión eran aptos en el manejo de hornos, retortas, alambiques y demás utillaje de los laboratorios y en situación excelente para destacar en esta naciente ciencia.

Los «arcana» de Paracelso, son en realidad medicamentos específicos contra determinada enfermedad cada uno, haciendo de esta manera que el medicamento alcance extraordinaria importancia. Suponía Paracelso al mundo como una gigantesca botica en la que Dios es el «sumo boticario» y cada enfermedad necesita su remedio apropiado «como el hombre desea a la mujer».

No todos los boticarios comprendieron la ocasión que se les presentaba, pero algunos aceptaron los medicamentos paracelsianos y emprendieron la lucha del arsénico y el antimonio, principalmente contra los médicos, que en general no estaban conformes con Paracelso. Se inicia, pues, una especie de rebelión farmacéutica, que si bien tuvo su parte buena, pues se inició entre los boticarios la costumbre de pensar por su cuenta, como dan fe algunos libros escritos por ellos, entre los que destaca el «Libro para el examen de boticarios y también para enseñanza de muchos adolescentes» redactado por el boticario barcelonés Pedro Benedicto Mateo, no tuvo el alcance que se podía esperar. No fue una transmutación de principios, en la que los boticarios, más conocedores de la Química, enfrentaran teoría y experiencias, creando un nuevo sistema de medicación, que les hubiera permitido, posiblemente elevarse hasta el rango universitario. Por el contrario, se entretuvieron en discusiones sin fundamento como son ejemplo los escritos del boticario Pedro Braillier, él se llamaba a sí mismo mercader-boticario, contra la ignorancia de los médicos y el del médico Sebastián Colin, atacando los fraudes de los boticarios, con los que se rompió la antigua dependencia amistosa, sin crearse un nuevo lazo de unión, en igualdad de categorías, que permitiese el coloquio.

Las causas, en realidad, no son íntegramente imputables a los propios boticarios, pues las autoridades estatales y municipales de los diferentes países, no podían ni suponer que unos hombres tradicionalmente considerados como artífices y mercaderes, pudieran ponerse en pie de igualdad científica con unos doctores consagrados hacía siglos por las Universidades y, por consecuencia, todas las disposiciones emanadas de dichas autoridades seguían considerándolos como personal subalterno de la facultad médica.

En España, al reorganizarse el Tribunal del Protomedicato por los Reyes Católicos, se legisla en este sentido y sólo en muy contadas ciu-

dades podrán los boticarios actuar con cierta autonomía, pero más que por derecho, por acuerdo tácito y tradicional con el Teniente Protomédico de la región, como ocurrió intramuros de la ciudad de Barcelona. Como dato curioso, entre los muchos ejemplos que se podrían citar de esta especial situación, está el libro «Examen de simples medicinales que son usuales en las boticas», por el médico Antonio Robles en 1611, en el que se dice que los boticarios debían «tener mucho respeto a los médicos, estimallos y obedecellos».

Por otra parte, los boticarios, convencidos de su posición en la sociedad, gastaron sus esfuerzos en conseguir privilegios profesionales y mercantiles y abandonaron por completo la posibilidad que se les brindaba de ingresar como corporación en las Universidades, pues no hay que olvidar que la Yatroquímica, iniciada por Paracelso y cuyo gran sacerdote fue Van Helmont, no era únicamente una serie de nuevos medicamentos sino que era, por encima de todo, un nuevo sistema de concebir la dinámica del organismo humano, considerándolo como un reactor en el que se producen en cadena ciertas reacciones químicas capaces para crear, conservar y avivar el ciclo vital; por consiguiente, era un camino perfecto para que los boticarios, apoyándose en su superior conocimiento de la Química, se decidiesen a participar en las teorías fisiopatológicas que tan propicias se les presentaban en esta ocasión.

Posiblemente faltó ese hombre genial que magnetiza a la colectividad porque exterioriza y hace posibles sus más caros y recónditos sentimientos.

Así ocurrió con la Cirugía que encontró en Vesalio el hombre que necesitaba, cuando con su clase de disección en la Universidad de Padua, sentó el precedente de que los médicos (hombres de ciencia) podían sin desdoro manejar el cuchillo con tanto arte como los albeítas y con mucho más conocimiento.

En el torbellino producido por el Renacimiento, cayeron muchas instituciones y en bastantes casos se modificó el modo de pensar, pero los boticarios no supieron aprovechar la coyuntura, aunque evidentemente su grado de cultura era muy superior y les capacitaba para más altas empresas.

Resumiendo, los boticarios renacentistas alcanzaron, por lo menos algunos, elevados conocimientos científicos y son los auténticos químicos de la época, pero por un criterio equivocado, compartido por médicos, autoridades y por la sociedad en general, no se integran en la ciencia médica, sino que más bien se alejan de ella, dando lugar a que Medicina y Farmacia sean dos artes científicas sin apenas más relación que la que existe entre cliente y proveedor, lo que dio lugar a que, en tiempos cercanos a nosotros, se iniciase la moda de los remedios

secretos, concebidos por los médicos y elaborados generalmente por drogueros, que empezaron a actuar como una nueva ola de auxiliares subalternos, sin las prerrogativas que ya habían alcanzado los boticarios, que organizados en Colegios eran mucho más difíciles de manejar.

c) *Estampa barroca.* — La Farmacia crea la Química. — Otra ocasión perdida.

Pocas novedades nos aporta el Barroco en las relaciones de los boticarios con las ciencias médicas, más bien se afirman las circunstancias iniciadas en el Renacimiento, los médicos y los farmacéuticos siguen separados y cada vez se consolida más la marcha de éstos hacia las ciencias químicas, no obstante hay algunos que se dedican a la Farmacia íntegramente, pero sus estudios están muy lejos de la teoría de la Ciencia y son más bien aportaciones experimentales, valiosísimas para la práctica de la profesión, pero que no tratan, ni de lejos, de la problemática común de las ciencias médicas. En España destacan las obras escritas de Vélez de Arciniega, de la Fuente Pierola, Novella y otros y posteriormente Fr. Esteban de Villa, con su «Examen de boticarios».

Vemos, pues, que los boticarios siguen sin atreverse con los estudios teóricos, lo que en realidad no tenían porque hacerlo si se tiene en cuenta el estrato social en que estaban encuadrados y que la auténtica Farmacia creadora seguían ejerciéndola los médicos. Chiarlone y Mallaina, que, aunque son en general bastante objetivos, se decantan más bien a favor de los boticarios, dicen refiriéndose al Flandes español: «...la enseñanza teórica de la Farmacia, puede decirse que hacía parte de la enseñanza en el *alma mater* de Lovaina; pero sólo se refería a los médicos, sin comprender, por lo común a los alumnos farmacéuticos». donde se ve bien claro que la enseñanza teórica de la Farmacia iba dirigida a los médicos, y luego, más adelante remachan: «En rigor pudiera hallarse aquí el origen de la enseñanza profesional; pero no ejerció influencia sobre el progreso de la Farmacia, que era considerada como eminentemente práctica y experimental».

Consecuentemente, siguen los médicos preparando los medicamentos y los boticarios repitiéndolos según patrón o todo lo más «secundum artem». En esta labor de crear medicamentos, destaca entre todos sus contemporáneos un médico práctico que alejado en igual medida de los yatroquímicos y los yatromecánicos, se preocupa únicamente del enfermo, por lo que recibió el nombre de «Hipócrates inglés». Me refiero a Thomas Sydenham, que creó y puso en circulación varios medicamentos como el láudano, la quina y ciertos preparados de hierro.

Tampoco supieron aprovechar los boticarios la nueva arma terapéutica, puesta en práctica por los médicos alemanes Major y Helsholtz, que era nada menos que la inyección intravenosa y que si hubiesen

estado en condiciones de poder apreciar su importancia, les hubiese servido para, con nuevos medicamentos preparados al efecto, establecer por su iniciativa esta clase de terapia que fatalmente les hubiese dado acceso a la Farmacología.

Posiblemente soy muy duro al juzgar a los boticarios del Barroco, ya que nadie en aquella época supo valorar debidamente la trascendencia de la medicación por vía endovenosa y sus posibilidades, pero es natural exigir más a los que más se quiere; sin embargo aún tuvieron una ocasión más clara para incorporarse a la Ciencia.

Entre los doctrinarios que se han ocupado de la constitución del organismo humano hay que considerar necesariamente a G. E. Stahl, que, en oposición a las teorías mecanicistas, creía que el alma era el factor determinante de la conservación incorrupta del organismo viviente. Pero además Stahl fue un químico sobresaliente, creador de la teoría del Flogisto que fue aceptada por la casi totalidad de los químicos, que en su mayoría eran boticarios. Esta similitud de conocimientos con Stahl, el hablar su mismo idioma científico, podía haber inducido a los boticarios a seguirle en su teoría animista, o bien haber empleado sus conocimientos químicos en rebatirle, pero era tal el cúmulo de prohibiciones y de castigos que caían sobre ellos, desde hace varios siglos, en cuanto se inmiscuían en lo que se consideraba terreno médico, que en cuanto Stahl encauzó sus estudios en este sentido lo abandonaron, como si el cuerpo humano y su organización fuese una cosa que no importase para nada a los boticarios. Esta era la opinión de toda la sociedad, pero lo peor es que los boticarios habían acabado por convencerse, porque en realidad a pesar de su superior cultura seguían siendo exclusivamente preparadores de medicamentos ya conocidos.

Solamente hay un fugaz intento, rápido como un destello, que demuestre inconformidad con este «statu quo», cuando los «apothicaires» de París, de acuerdo con los yatroquímicos, preparan los remedios recetados por los seguidores de Paracelso y pretenden, basándose en sus conocimientos, ingresar en la Universidad de París, precisamente en la Facultad de Medicina, donde recibieron una contundente réplica negativa de todos los profesores de dicha Facultad, capitaneados por su bilioso e intransigente decano Guido Patin, que no sólo les cierra el paso al recinto universitario, sino que les prohíbe preparar remedios no galénicos, amenazándoles con que todos los médicos de París encargarían la elaboración de sus medicamentos a los drogueros. Patin elevó la cuestión hasta el Parlamento, donde defendió sus puntos de vista tan hábilmente, según él, que los «apothicaires furent étrillés tout au long».

Una vez más se someten los boticarios y lo hacen porque en realidad ni sentían ni conocían la auténtica Farmacia y eran conscientes de que toda creación, que no fuese técnica, cualquiera que fuese su especialización, era labor propia de los médicos.

En resumen, la función principal del farmacéutico sigue no realizándola él y los boticarios que la representan, son sencillamente unos auxiliares con independencia comercial, laboral y social, pero no científica y así se da el contraste, que se refuerza todavía más en la Ilustración, de encontrar boticarios que fueron excelentes químicos, botánicos, geólogos, físicos, etc., pero que ni por casualidad se dedican a las auténticas ciencias afines de la Farmacia: la Farmacología y la Fisiopatología.

d) *Estampa ilustrada.* — Se perfila el gran error.

Los sensacionales trabajos de Newton, que hicieron de Inglaterra, durante algunos años, la sede del saber, tuvieron honda repercusión en Francia, donde el genio francés y su fuerte imaginación les derivó hacia el mecanicismo y más o menos directamente hacia la Enciclopedia, cuyos reflejos iluminaron a casi toda Europa. Los españoles más vueltos hacia América y adormilados y satisfechos con sus tradiciones estatales y políticas, tomaron escasa parte en este movimiento, pero indudablemente hubo individualidades, principalmente en Cataluña, que se incorporaron al afán europeo de «ilustración» a pesar de las enormes dificultades que habían de vencer para realizar sus trabajos y el poco aprecio que recibían éstos una vez concluidos.

Pero antes de describir la marcha farmacéutica en este período, voy a poner en evidencia el camino tan racional y tan diferente seguido por la otra gran especialización de la Medicina: La Cirugía.

La Facultad de Medicina de París también se opuso rotundamente a la entrada de los cirujanos en sus claustros, pues según resolución del Parlamento, en 1660, no podían alcanzar ni siquiera el grado de bachiller, prohibiéndoles terminantemente que se vistiesen con casa-ca y sombrero, indumento privativo de los médicos.

No obstante esta humillación que les convertía en simples barberos, los cirujanos supieron sobreponerse y en 1731, ya se había constituido en París la Academia Royal de Cirugía que pronto se hizo famosa en toda Europa y que merced a una feliz coincidencia, tuvo en España una gran repercusión, por estar a la sazón de estudiante en la capital de Francia el tarraconense Pedro Virgili que, entusiasmado por los resultados obtenidos en la Academia, trató y consiguió que en España se fundasen los Reales Colegios de Cirugía en Cádiz, para la Armada y en Barcelona para el Ejército, que sirvieron de ejemplo y acicate para que años más tarde su paisano Antonio Gimbernat crease el Colegio de Cirugía de San Carlos, que, fusionado más tarde con

el Real Estudio de Medicina Práctica, dio origen, al correr de los años, a la Facultad de Medicina de la Corte.

Pero lo que más contribuyó a la elevación de la Cirugía fué la genialidad del inglés John Hunter, que comprendió que el arte del cirujano no era manual en su totalidad, sino que para actuar con éxito hacía falta conocer profundamente, además de la Anatomía, la Fisiología y la Patología. Hunter estudió detenidamente los procesos naturales en los hombres sanos y los patológicos en los enfermos, dando lugar a que sus discípulos y seguidores, entre los que se encuentra nada menos que Eduardo Jenner, demostraran contundentemente que la Medicina y la Cirugía consideradas por separado carecían de sentido.

Desgraciadamente los boticarios no tuvieron ni el hombre que les indicase el camino, ni la intuición colectiva de su auténtico destino.

Lo que en el siglo XVIII se consideraba como Farmacia científica, sigue huyendo del cuerpo humano y se identifica con la Química y son los boticarios los creadores de esta ciencia y se puede afirmar que los más importantes descubrimientos químicos anteriores a Lavoisier se deben a ellos. No me voy a extender aportando la enorme relación de farmacéuticos-químicos que surgieron en esta época, pues basta citar a las enormes figuras de Scheele y Geofroy para comprender que no existe exageración en mis palabras.

Asombra la fuerza con que actúa la tradición sobre estos hombres, que conocían como nadie una ciencia nueva, que precisamente hacía posible los cambios de la materia y que, según los yatroquímicos, la vigencia del organismo humano se debía a una serie de reacciones químicas, la misma teoría humoral de las viejas escuelas, dejaba entrever ahora que la química no estaba ausente de los procesos vitales, pero las anteojeras de la rutina hacen que sigan alejándose cada vez más hacia la Química Inorgánica y las Ciencias Naturales, de las que excluyen el estudio del hombre.

La Farmacia, en lugar de aportar triunfalmente el cúmulo de sus conocimientos a la Medicina, la que tampoco los solicitó y emprender juntas su auténtica tarea del conocimiento del organismo humano, se identifica tan estrechamente con la Química mineral que universitaria y extrauniversitariamente se organizan clases en toda Europa de una asignatura que lleva el nombre de Química y Farmacia, una de las cuales fue explicada por el famoso Berzelius, e incluso se dan estos cursos en la Facultad de Medicina de París, donde se establece, en 1794, la Cátedra de «Chimie et pharmacie», que explicó el ilustre Fourcroy, al que sucedió su discípulo Vauquelin, que era un auténtico farmacéutico enquistado en la Facultad de Medicina. En España la Junta de Comercio de Barcelona organiza una clase de «Química Aplicada de las Artes» de la que se encarga el farmacéutico Francisco Carbonell y

Bravo. Por cierto que este hombre fué quizás uno de los que vió más claramente el camino que había de seguir la Farmacia; vuelvo otra vez a Chiarlone y Mallaina que dicen de él: «Había estudiado hasta aquella época la naturaleza, faltábale con todo el estudio del hombre sano y enfermo...», lo que desgraciadamente sigue faltando a los farmacéuticos de finales del siglo XX, por lo menos en corporación; para paliar esta falta de conocimientos siguió el único camino en aquel tiempo, y en éste, matricularse en la Facultad de Medicina, lo que efectuó en la Universidad de Huesca, cursó Cirugía en Barcelona y confirmó sus estudios en Montpellier, donde presentó una tesis doctoral que indicaba claramente el camino a seguir; su título era: «*Chemiae ad medicinam applicationis usu et abusu disceptatio*». También dio en la Academia médico-práctica de Barcelona, durante el curso 1797-1798, unas lecciones de química aplicada al arte de curar.

Antes de Carbonell, hacia el año 1765, los boticarios barceloneses sienten la necesidad de ampliar sus conocimientos, creen demasiado imperfecta la instrucción recibida en el domicilio del Maestro boticario, y tampoco estiman suficientes los exámenes obligatorios para ingresar en los Colegios.

Este suceso que ya he tratado con más amplitud en otros trabajos, que evidentemente es altamente loable, esconde a mi entender, una peligrosa arma de dos filos; los boticarios barceloneses desean que se les concedan estudios comunes a todos ellos y que se cree una Escuela especial con su correspondiente personal docente.

Es indiscutible que esta inquietud de los boticarios barceloneses dice mucho en su favor, pero no es menos cierto que hubiese sido enormemente más satisfactorio que, en lugar de manifestar su deseo de unos estudios en escuela separada, hubiesen pedido su incorporación a la Facultad de Medicina, como una especialidad de esta ciencia.

El error que aquí se inicia se percibe con meridiana claridad, los estudios que planean están de acuerdo con la clase de trabajo que tradicionalmente se les había asignado, Química, Historia Natural y Farmacia Operatoria, o sea que implícitamente abandonan la relación de estas ciencias con el cuerpo humano, por tanto tratan de legalizar como misión única del farmacéutico unas labores que los, que podemos llamar para más claridad, médico-farmacéuticos arábigos habían delegado en personal subalterno.

Firmes en su posición, siguen mostrándose indiferentes a las teorías sobre la constitución del cuerpo humano, a pesar de que tenían bien cerca un foco de discusión y me refiero concretamente a los boticarios barceloneses. En la Universidad de Montpellier se estudian y siguen las teorías de Stahl, con modificaciones personales de cada autor: Boissier, en su «*Seydenhami menten et botanicorum ordinem*», esboza

una sistemática de las enfermedades, que, en principio, parece que debía ser atractiva para los boticarios, ya que los clasifica en especies, órdenes y familias como están ellos acostumbrados a hacer en la Historia natural con las plantas; por su parte, Barthez, atribuye al organismo una fuerza capaz de conservarle y renovarle frente a los agentes externos y patógenos. Ahora bien, para ayudar al organismo en esta lucha, propone Barthez diferentes métodos y uno de ellos, que recibe el significativo nombre de «empírico», consiste en la administración adecuada de medicamentos; era esta otra cuestión que podía haber avivado la dormida curiosidad de los boticarios.

Se inicia a finales del siglo XVIII una reacción que podía haber dado excelentes resultados si hubiese seguido adelante, me refiero a la llamada Facultad Reunida, pero nunca pasó de ser un intento de reunificación, más dirigido al rango y unidad de categorías, que a preocuparse de organizar unos estudios racionales que fuesen útiles y comunes a las tres ramas de la Ciencia de Curar.

En Francia se crea el Collège de Pharmacie, en 1780, en el que se establecen clases gratuitas de las mismas asignaturas que propusieron los boticarios barceloneses: Química, Farmacia, Botánica e Historia Natural. Por último, en España, con las Reales Ordenanzas de 1800 y 1804, se crean los Reales Colegios de Farmacia, pero creo que todo esto es cuestión del período romántico.

e) *Estampa romántica.* -- Se consuma el gran error.

Con el Romanticismo se inicia una época trascendental para las ciencias en general y para la ciencia farmacéutica en particular, no sólo por el avance lógico, al estar englobada en el grupo sometido a convulsión, sino por el concepto equivocado que se tenía de esta ciencia y que pasa de ser una opinión social, más o menos arraigada y extendida, a adquirir estado legal.

La ciencia del Romanticismo deja de considerar al hombre como un ser aparte y le incluye dentro del estudio de la Naturaleza, y también le somete a las leyes naturales. Se puede afirmar, aunque sea una redundancia, que la Ciencia empieza a ser auténticamente científica. Nuestros boticarios, apelativo que me gustaría emplear por última vez, pero al que desgraciadamente he de recurrir en dos o tres ocasiones, ya reciben el nombre de farmacéuticos, pero este trueque de nombre es casi únicamente formal, puesto que lo que hacen, y no es poco, es extender a la totalidad los estudios que antes sólo concernían a un grupo privilegiado.

El positivismo de Augusto Comte, clasificó a las ciencias en su Enciclopedia, de una manera bastante imperfecta, agrupándolas según una jerarquización dual en matemática-astronomía; física-química; bio-

logía-sociología. Los flamantes farmacéuticos se enquistaron en el segundo grupo, influidos por el ambiente en que estaban inmersos y no comprendieron que su auténtica misión era incorporar y aglutinar los conocimientos de este grupo a los de las ciencias de la vida, pues de acuerdo con el propio Comte, este grupo es dependiente del anterior.

Como ya he dicho, en España, se crean los Reales Colegios de Farmacia pero en realidad no empiezan a actuar hasta que, terminada la guerra de la Independencia, se van calmando los ánimos y reorganizándose la vida del país. Las asignaturas que se cursaban en estos colegios eran las que por costumbre se habían asignado a los farmacéuticos: Historia Natural, Física-Química, Materia farmacéutica y Farmacia experimental. Sin embargo en la Facultad de Medicina de París se seguían cursando los estudios que podríamos llamar de «Alta Farmacia». En 1837 se subdivide la antigua cátedra de Química y Farmacia en dos: «Chimie minerale et toxicologie», explicada por nuestro compatriota Orfila y «Chimie organique et pharmacie» de la que se encargó el no menos eminente Dumas. Posteriormente, en 1853, esta última se subdivide a su vez en otras dos «Chimie medicale» y «Pharmacie» que tiene por titular a Soubeiran, al que sustituye Regnauld en 1859, cuando la Cátedra recibe ya el nombre de «Pharmacología».

He puesto por ejemplo la Universidad de París, porque a través de sus cambios se sigue con claridad el proceso por el cual se pasa desde los estudios químicos de farmacia a la actual Farmacología y como, aunque en varias ocasiones fueron farmacéuticos sus profesores, considerados como las personas más idóneas para explicar esta Cátedra, los farmacéuticos, como corporación, estaban alejados de estos estudios.

No quiero volver a insistir por mi cuenta en el abandono que tenían los farmacéuticos al conocimiento del organismo humano y prefiero valerme de las opiniones de un testigo de aquella época que vivió en Madrid y fue boticario de Cámara de S. M. Me refiero al Doctor en Farmacia Manuel Hernández de Gregorio y a su libro «Anales Histórico-Políticos de la Medicina, Cirugía y Farmacia», publicado en 1833, o sea en pleno romanticismo.

En este escrito se encuentran frases y aún párrafos completos en que se nota cierta intranquilidad y algunas veces como nostalgia de las épocas en que el médico y el farmacéutico eran la misma persona o por lo menos actuaban en común, a pesar de que Hernández de Gregorio, como todos los farmacéuticos de aquellos años, estaba orgulloso y ufano de la independencia, que habían logrado.

Dice Hernández de Gregorio en el Prólogo de su obra: «En la primera época se encuentran reunidas las tres ramas del arte de curar y ejercidos por una sola persona, y por esta razón todo cuanto bueno se diga de la medicina y de sus profesores se entiende dicho de los bo-

ticarios, de suerte que no solamente por la historia resulta que somos hermanos, sino que somos hermanos gemelos», «...antes de la segunda época ya se encuentra el ejercicio de la medicina dividido en dos ramas, a saber: en médicos-cirujanos *clínicos* y en médicos *sedentarios*, porque eran consultados en sus propios gabinetes provistos de todos los medicamentos aprobados por la experiencia, que daban a los enfermos, y de aquí el origen de los boticarios».

Aparentemente parece que el autor cree que el origen de la Farmacia fue una separación tácitamente admitida entre dos profesiones consideradas como de igual categoría, pero más adelante ya en el Diálogo V, uno de los varios sostenidos durante la obra entre un licenciado y un doctor en Farmacia, este último, después de un animado coloquio en el que tratan de la jerarquía que debe tener el farmacéutico, dice: «Que los médicos hayan tenido ayudantes auxiliares y subalternos de cirugía y farmacia o como lo quieran decir, nada prueba contra nosotros, ni contra nuestra categoría; porque ni aquellos médicos eran lo que hoy son los nuestros, ni aquellos ayudantes farmacéuticos y quirúrgicos eran lo que somos en el día: aquellos médicos primitivos perdieron el carácter de farmacéuticos y se transfirió por entero a los médicos sedentarios que somos hoy en día los farmacéuticos con todos los honores con que aquéllos la disfrutaban...».

Con anterioridad, en el Diálogo IV, expresa Hernández de Gregorio con más claridad lo que quiere decir cuando diferencia «Aquellos médicos primitivos» de los de su época, «...debo decir que la cirugía y farmacia están bien denominadas: la parte especulativa de la ciencia de curar es la que no lo está, porque realmente el nombre de *medicina* es nombre colectivo que abraza los tres ramos, y no debió conservarle cuando quedó reducido a uno sólo, y de consiguiente no debió usurpar ni retener exclusivamente la excelencia correspondiente a todos tres».

En este mismo Diálogo IV, cuando el Licenciado quiere resumir lo oído al Doctor, se expresa de la siguiente manera: «Yo veo por lo que Vd. me acaba de decir que los boticarios quedaron después de la separación voluntaria y de hecho, en un estado meramente privado, y sin consideración legal, y como tenían el nombre propio de farmacéuticos que es rigurosamente el que les corresponde según la parte de medicina que desempeñan, creería el vulgo que no merecían la consideración de aquel que verían como antes a la cabecera del enfermo, sin advertir que ya no desempeñaban la medicina por entero».

De la lectura del libro de Hernández de Gregorio, alguno de cuyos párrafos he ofrecido como muestra, se deduce que los farmacéuticos más relevantes se habían dado cuenta de que no gozaban del prestigio que por índole de su trabajo merecían y también que la causa se inició al separarse la medicina y la farmacia y creen que los médicos

gozan de tanta fama porque la sociedad, que ellos llaman vulgo, estima que los médicos siguen siendo farmacéuticos, pero no se dan cuenta que, lo que creen una opinión equivocada de la gente, es un hecho cierto, ya que todavía son los médicos los únicos con capacidad, por lo menos oficialmente, para idear la composición de nuevos fármacos y que los farmacéuticos son los depositarios de la técnica farmacéutica, ya muy depurada y en la que se entremezcla, en muchos casos, auténtica investigación química.

Durante el Romanticismo la literatura se mete de rondón dentro de la Medicina. Hay ciertas enfermedades de «buen tono»; el diagnóstico de una tisis produce al mismo tiempo terror y cierta satisfacción por ser uno de los elegidos. Las enfermedades venéreas, por el contrario, son un descrédito social y se llaman secretas; el médico pasa de ser un profesional a ocupar el puesto de amigo y confidente. Ya casi no importa la medicación: lo que se solicita es la presencia física del médico. Ha aparecido en la sociedad el «médico de cabecera».

No es de extrañar, por tanto, que este amigo de la familia se acerque cada vez más al enfermo y crezca ante él míticamente y que, por el contrario, el farmacéutico, mucho más sabio ahora que cuando se le llamaba boticario, apenas sea considerado como el preparador de papelillos o de píldoras recetadas por un ser infalible.

Por otra parte, parece que, fuera del grupo selecto de farmacéuticos que habitaban en las grandes ciudades, el resto se preocupaba poco de su prestigio. Como apoyo de esta afirmación vuelvo nuevamente al libro de Hernández de Gregorio, donde en su Diálogo XII dice el Doctor «No se canse Vd. señor licenciado, porque mientras el boticario de *hogaño* sea o se parezca al de *antaño*, nada adelantaremos aunque estuviera graduado por la Soborna, (Sorbona) o por la capilla de Santa Bárbara de Salamanca: el pueblo juzga por las apariencias, y juzgará siempre por lo que ve, porque no quiere raciocinar: mientras al boticario le vean con alpargatas, con chaqueta de manolo, o con chupa, calzón y capa parda, y vestido a lo patán, siempre le tendrán y le tratarán como patán: es preciso que vista como las gentes principales del pueblo, si quiere alternar y contarse en el número de ellos».

Concretándome a los farmacéuticos españoles, pero con la certeza de que análogas consideraciones se podrían efectuar eligiendo como causa la actitud de los demás farmacéuticos europeos, me es fácil afirmar que se encontraban divididos en dos fracciones muy desiguales, tanto por su número como por su calidad.

En un grupo se encuentran pocos, poquísimos, farmacéuticos que se preocupan de adquirir nuevos conocimientos y que, de algún modo pretenden incorporarse a esa «Wissenschaft» que, como incontenible avalancha, se precipita sobre la cultura del Romanticismo. En el otro

grupo, numerosísimo, sus componentes sólo se preocupan de ir capeando sus problemas profesionales y, como hemos visto, tampoco con extraordinario interés.

Voy a dedicar mi atención únicamente a los primeros, ya que de los otros nada sustantivo puede deducirse con respecto a la ciencia y, además, es hierba que crece con facilidad en todas las épocas y en todas las profesiones.

El que podemos llamar grupo selecto, sigue preocupándose preferentemente de la ciencia inanimada y vegetativa, y me refiero, claro es, al objeto de la ciencia y no a su método de trabajo, pero sin embargo ya se vislumbraban ciertas inquietudes hacia la naciente ciencia de la vida, que como en otras ocasiones hicieron la Fisiología y la Fisiopatología, parece tentar a los farmacéuticos para que, abandonando, por lo menos en parte, sus rígidos encuadramientos científicos se decidieran de una vez a acercarse al organismo viviente y pensante.

Aunque en el Romanticismo ya no se puede identificar a los farmacéuticos con las ciencias físico-químicas, pues aparte de ellos son muchos los que se dedican a su cultivo, es evidente que, en solitario o en colectividad, siguen siendo notables físico-químicos y también es innegable que la físico-química es base de la Biología y que esta circunstancia se refuerza mucho más cuando Wöhler demuestra, en 1828, que las complicadas y monumentales sustancias orgánicas podían sintetizarse lejos de la influencia de los procesos vitales.

Parece como si el organismo humano tuviera interés, en todas las épocas, en entonar el cántico de sirena para atraer hacia sí a los farmacéuticos y, en este caso, estuvo a punto de lograrlo.

Cuatro años después del descubrimiento de Wöhler, se aburría en una farmacia de Lyon, ejercitándose como mancebo, Claudio Bernard, escritor en ciernes que, con poca fortuna, se empeñaba en estrenar sus obras teatrales, hasta que un crítico burlón y compasivo le aconsejó que, puesto que ya sabía algo de Farmacia, estudiase Medicina y dejase el Teatro para lo que hoy se diría su «hobby».

No sé si por este consejo o por más fuerte llamada, Bernard estudia Medicina y es capaz de lanzar nuevas y constructivas ideas sobre la consciencia del organismo vivo hacia su destino y como utiliza los métodos adecuados para su logro. A Bernard no se le puede considerar como un vitalista, que carga sobre el «soplo vital» toda la responsabilidad de la vida misma, ni tampoco como un naturalista, convencido de que los fenómenos vitales se identifican con los procesos físico-químicos; fué más bien un armonizador de ambas directrices, que hizo posible la Bioquímica.

Además se enlaza la Química con la Botánica y son muchos los farmacéuticos que se dedican a descubrir, extraer y asimilar principios

activos en los jugos vegetales y se llega al descubrimiento de los alcaloides y los glucósidos; también aparecen en escena los microorganismos y Schwann y Cagniard de Latour, relacionan las reacciones químicas con la acción vitalista de las diminutas células vegetales. Se crean teorías alrededor de estos hechos, sobre la putrefacción y la fermentación, a las que pone brillante colofón Louis Pasteur.

Sin embargo, a pesar de estos puentes tendidos entre la ciencia inanimada y la vital, tan fáciles de pasar, las autoridades españolas siguen lanzando planes de enseñanza en los que a la Farmacia nunca se le asigna más papel que estudiar las ciencias útiles para preparar medicamentos a ojos cerrados, sin tener ningún conocimiento del organismo a que se destinan ni del mecanismo de la enfermedad.

Se crea primero, durante el período constitucional de 1820, la Escuela Especial de la Ciencia de Curar y unos veinte años después la Facultad de Ciencias Médicas, que no tuvieron tiempo apenas de consolidarse. Por último, en 1845, se reorganiza totalmente el plan de enseñanza universitaria y una de las novedades es el ingreso de la Farmacia en la Universidad, como Facultad mayor.

Aquí está a mi ver, el gran error, porque los estudios en la nueva Farmacia universitaria eran iguales a los de la antigua, con sus químicas, ciencias naturales y Farmacia experimental. Hasta entonces, los cursos de Farmacia se realizaban en colegios y escuelas especiales, podrían pues considerarse como estudios técnicos complementarios de una profesión que necesitaba un amplio saber, pero al ingresar en la Universidad, cuna de las humanidades y de estudios generales, y no dar a la Farmacia estudios teóricos de ninguna clase y tampoco relacionarla, para nada, con el hombre ontológicamente, ni siquiera fisiológicamente, se daba a entender bien claro que seguía considerándose la como profesión técnica auxiliar aunque aparentemente se la diera igual preponderancia que a las demás facultades, todas las cuales tenían siete cursos, menos la Farmacia que se fijó en cinco.

En una publicación satírica de esta época, se dice refiriéndose a esta circunstancia: «La más corta es la de Farmacia. Con once años de estudios (el autor incluye los seis de bachillerato) y dos de práctica tiene bastante un joven para hacerse farmacéutico. Con esto, y con que la Homeopatía se vaya extendiendo y las boticas vayan sobrando, no necesita más este joven para prometerse un porvenir dichoso después de once años de gloriosa carrera, y de un capital invertido en botes, redomas, almoreces y espátulas y en yerbas, raíces, álcalis y gases».

Evidentemente hay que tener en cuenta el carácter de crítica burlesca de este escrito, pero entre líneas se observa claramente que no se suponía al farmacéutico más que encerrado entre las cuatro paredes de su oficina, sin tomar parte en las discusiones médicas del momen-

to, cuyo caballo de batalla eran precisamente los medicamentos, sus dosis y forma de actuación y esperar pacientemente si del resultado de esta confrontación de opiniones habría de venir su ruina o su fortuna.

Los médicos estaban divididos en la forma de emplear los recursos terapéuticos que estaban a su disposición. Algunos interpretando exageradamente los preceptos hipocráticos y su «vis medicatrix naturae» prescindían totalmente de los medicamentos y depositaban toda su confianza en la naturaleza del enfermo, otros, menos nihilistas, se conforman con las dosis homeopáticas de Hahnemann. Había también los que sin ser homeópatas a ultranza creían en el «similia similibus curantur» por lo que recibieron el nombre de isópatas y, por último los más numerosos, los alópatas que usaban dosis que podemos considerar como normales y seguían, por lo menos de lejos, el «contraria contrariis opponenda» de Galeno.

Como ya he dicho, los farmacéuticos se mantuvieron al margen de la *mêlé*, como si realmente no les importase que la Medicina tomase un giro que podía hacer inútil su profesión y más en España, donde la oronda majestad de Isabel II, estuvo a punto de poner de moda la homeopatía.

No obstante, aunque la mayoría de los farmacéuticos seguían los caminos marcados, se destacaban algunas figuras que manifestaban cierto inconformismo, que afortunadamente hizo prosélitos entre sus compañeros más jóvenes.

f) *Estampa española.* — Final de la época colonial.

Esta estampa va a ser muy breve, quiero que sirva únicamente para exponer un par de muestras del inconformismo al que me acabo de referir.

Uno de los sujetos de esta inconformidad, la manifiesta en forma de duda; quiere saber si está equivocado él o toda la sociedad que le rodea y agobia y en un discurso, al que titula «La Farmacia en sus relaciones» se lanza a considerar cual debe ser la auténtica misión de la Farmacia. Se trata del farmacéutico Angel Bellogín, que cree que la principal misión de la Farmacia es la preparación racional de medicamentos y en uno de los párrafos iniciales de su discurso se pregunta: «Si en este sentido general y exacto engendra para ella (la Farmacia) una humilde categoría técnica como simple auxiliar mecánica de la terapéutica, o, si, desarrollado fisiológicamente, da lugar a considerar-la parte integrante de la medicina y rama muy principal de la farmacología, vamos a investigarlo...». Lo que él quiere investigar, mejor dicho, lo que quiere demostrar es que la Farmacia está de acuerdo con su segunda suposición.

Habla a continuación del desarrollo y progreso que debe imprimirse a la ciencia farmacéutica y el que en realidad ha experimentado y termina esta parte de su razonamiento con las siguientes palabras: «Pues bien: este progreso, tan necesario como positivo, es de imprescindible relación profesional, de inevitable directa colaboración entre el médico y el farmacéutico y, con franqueza, Señores, distamos todavía mucho de cultivarlas con toda la asiduidad y todo el entusiasmo que debieran merecernos...».

Se lamenta más adelante de que el farmacéutico, insensiblemente va reduciendo su auténtica labor de preparador y creador de nuevos medicamentos y se ve sometido a una práctica rutinaria. Cree también que su prestigio se encuentra muy disminuido por esta causa y afirma que es preciso «que reconozcamos toda la falsedad de nuestra situación científica y económica, dejando a un lado vulgares reclamaciones y adocenadas fraseologías, y aspirando prácticamente a nuestra pública rehabilitación, por los medios serios y razonables que debe emplear una clase educada en las aulas universitarias».

Concretamente propone que el farmacéutico no escuche las voces que llegan de la calle y se refugie en el estudio y si es necesario en la creación de la ciencia farmacéutica: «Entonces aunque el farmacéutico establecido resulta sólo el dispensador responsable de las más sencillas formas medicinales, y acaso por eso mismo, desenvolverá con más amplitud y más ventaja, las propias y complicadas relaciones de su ejercicio. Enriquecido con más extensos y positivos conocimientos en el sistema farmacéutico y en las ciencias fundamentales, cumplirá las de su profesión, completando experimentalmente el concepto químico del medicamento y siendo, en unión del médico, el más progresivo impulsor de la terapéutica».

A este farmacéutico le he citado únicamente como inconformista, no porque esté totalmente de acuerdo con él, lo cual es lógico pues son muchos ochenta años en la marcha actual de la Historia de la Ciencia, ya que este discurso se pronunció en el año 1896, dos años antes de la pérdida de las colonias que dió lugar a la célebre generación del 98. Sin embargo, en este año 98 sí que se iba a producir en la Farmacia española un suceso al que no se iba a dar gran importancia en aquel momento, pero que para mí es de extraordinaria trascendencia.

En este año Rodríguez Carracido, que explicaba en la Facultad de Farmacia madrileña la asignatura de Química Orgánica, abandona ésta y oposita a la cátedra de Química Biológica de la misma facultad, con lo que demuestra una decidida vocación y una idea clarísima de lo que habían de ser los estudios de Farmacia.

Mejor que lo que yo pueda decir en este sentido son las frases de otro farmacéutico ilustre, José Casares, pronunciadas en un homenaje a Carracido en el año 1924.

D. José decía así: «El (Carracido) difundía entonces las doctrinas de Berthelot, que eran la última palabra de la ciencia, no conocidas en todas las Universidades, y más tarde el Dr. Carracido, en vez de seguir el terreno trillado, en el cual tan fácil le hubiera sido seguir cosechando éxitos, con una energía compatible con su carácter dulce, no tuvo inconveniente en abarcar un nuevo estudio: se dedicó a la Química Biológica». — «El Dr. Carracido ha sentido como tantos profesores de Química orgánica, la necesidad de estudiar la Química en el ser vivo. Es el primer profesor de Química biológica por oposición. Todos los médicos, farmacéuticos y naturalistas que estudian Química biológica le deben la iniciación en esta materia».

Casares tenía razón, Carracido abandona una Cátedra que llevaba explicando diez y siete años y que pertenecía como asignatura fundamental a la licenciatura de Farmacia, para someterse a una oposición y al ganarla obtener una Cátedra de carácter voluntario que pertenecía al doctorado.

Yo creo que Carracido dio este paso tan trascendental, porque presintió o, mejor dicho, conocía perfectamente el camino que debía seguir la Farmacia y desde luego con él se inicia lo que años antes parecía imposible y es que oficialmente se reconociera capacidad a los farmacéuticos españoles para estudiar algo que ocurría dentro del organismo humano y, lo que es más importante, que otros hombres, poseedores de otros títulos universitarios, concurrieran a la Facultad de Farmacia como el sitio más adecuado para estudiar una ciencia tan relacionada con la constitución del hombre.

Bien es verdad que el comienzo fue tímido; una sola Cátedra y de carácter voluntario en toda España. También es cierto que entonces no se sospechaban los profundos alcances de la Bioquímica dinámica y posiblemente se la consideró únicamente como una rama más organizada de la Química Orgánica.

Antes de Carracido y no por oposición sino por concurso, explicó la Química Biológica, Laureano Calderón y Arana, al reformarse los estudios en 1888, que en aquel plan iba unida a la Historia de la Farmacia como una sola asignatura del doctorado.

*"Que no se desprecie nunca a si mismo por sus malos éxitos precedentes; que aspire a la fortuna hasta su muerte y que no se figure que es difícil de obtener".*  
*Leyes del Manú. — Libro cuarto, vers. 137.*

### III. ACLARACIONES Y CONCLUSIONES

#### g) *Estampa sub-realista.*

La primera aclaración que quiero hacer es que hasta hace muy poco tiempo he supuesto que el proceso histórico de la Farmacia discurría por unos cauces totalmente distintos de los que he tratado de describir en los anteriores párrafos y que frente a esta disposición mía de conformarme con lo comúnmente aceptado, se alzó con fuerza el hecho histórico al que no lograba encajar dentro de mis íntimas creencias.

Posiblemente mi afición y mi obligación hacia la ciencia histórica, me hubiesen conducido, con más o menos prontitud, hasta las conclusiones que pienso exponer a continuación, pero en realidad la causa inmediata que me ha movido a realizar este estudio ha sido la evidencia de una crisis en la ciencia farmacéutica.

Me apresuro a aclarar, puesto que estoy en trance de aclaraciones, que la palabra crisis no la empleo en sentido peyorativo, sino como sinónimo de momento crucial y propicio para tomar decisiones importantes.

Entra dentro de la lógica más estricta, que en los momentos en que se presiente una mutación en el grupo científico a que se pertenece, se sienta la necesidad acuciante de reflexionar e investigar, haciendo un repaso, primero somero, casi de simple reflejo, pero que insensiblemente se va haciendo más profundo y absorbente, de los fundamentos en que se apoyan las tesis aceptadas como verdaderas.

Aunque se ha dicho, con excesiva frecuencia, que la Historia es maestra de la vida, lo verdaderamente cierto es que si bien debe aleccionar, no es su misión principal hacer de dómine reiterativo; pero en mi caso es distinto, porque, además de historiador, profeso la ciencia de la que escribo su historia, o sea que a las consecuencias deducidas de la Historia, he de acumular las preocupaciones que me produce la Farmacia.

Por tanto, si como historiador debo pararme al llegar a cierto límite, como farmacéutico he de procurar que esta revisión histórica pueda ser aprovechada en el futuro de la ciencia farmacéutica.

Al resumir el pasado de la Farmacia como ciencia, voy a seguir un método que se identifica con lo que Maurice Mandelbaum titula «interpretación lineal monista de la corriente de la historia humana», o sea que aglomero o mejor, abarco, el total contenido de la ciencia farmacéutica como un conjunto que, aunque ecléctico, está dotado de cierta uniformidad. Tiene este método el grave inconveniente de que incluye en células de una misma complejión a Hipócrates, Paracelso o Carracido, que, por lo menos aparentemente con nuestros conocimientos actuales, son muy diversos, tanto en cualidad como en magnitud, pero sin embargo, es el único que permite encarar de golpe a la ciencia farmacéutica contemporánea con su pasado y poder llegar así a conclusiones de tipo general y ¡por qué no! a nuestros actuales universales.

Posiblemente, alguna de mis afirmaciones parezca un tanto aventurada, como descolgada del razonamiento por carecer de base firme en que asentarse, pero hay que tener en cuenta la limitación de espacio que va unida a esta clase de discursos y que ya he desbordado en demasía. Este es primicia y extracto de un trabajo mucho más extenso, que creo no tardaré en entregar a esta Real Academia y en el que irán incluidas las notas bibliográficas precisas.

Una última aclaración, que no va dirigida a lo anteriormente expuesto sino a lo que viene a continuación: me refiero concretamente a las conclusiones que pondré de manifiesto seguidamente.

Hablo en plural y digo conclusiones, no precisamente porque éstas sean varias, sino principalmente por dar a la palabra el significado que quiero que tenga. El singular en este caso proporciona una rotundidad que puede dar a entender que se trata de algo definitivo e inmovible que ya no admite revisión, sin embargo con el plural se diluye la afirmación, pierde parte de su fuerza y queda en su auténtico valor, o sea una opinión, o serie de opiniones, a la que se ha llegado después de haber estudiado y considerado un asunto y que se ofrece públicamente. Algo parecido al «conclusus» latino, que se interpreta como un asunto visto y que se presenta a la opinión autorizada de un tribunal.

Planteada en estos términos la cuestión, voy a someter a vuestro criterio las conclusiones a que he llegado, que he procurado que estén deducidas únicamente de los hechos que se me han ido apareciendo al seguir el proceso histórico médico-farmacéutico.

En este proceso histórico, lo que destaca de manera sobresaliente es el origen único de las ciencias médica y farmacéutica, que todavía

siguen unidas en su curso vital y que tienen una doctrina común pero sin embargo aparentemente están separadas.

Esta separación aparente se debe, creo yo, en gran parte a que se confunde la ciencia con la profesión. Las profesiones médica y farmacéutica, naturalmente, se ejercen por separado, pero en realidad son dos modalidades del ejercicio práctico de una misma ciencia.

Conviene tener en cuenta que, aunque la costumbre ha agrupado bajo un mismo título a las profesiones médica y quirúrgica y ha relegado a más distante término a la Farmacia, ésta es mucho más afín a la Medicina, pues evidentemente son profesiones complementarias, ya que ambas en conjunto cumplen su objetivo. Sin embargo la Cirugía es ciencia suplementaria de las otras dos, pues su actuación lleva implícito un fracaso de la profesión médico-farmacéutica.

Esta confusión, este trastrucque, entre ciencia y profesión e incluso en la valoración de afinidades entre las profesiones y las ciencias entre sí (permítaseme, una vez más, que para mayor claridad me refiera a la ciencia en plural) es fácil que se produzca y muy difícil de juzgar. La confusión nos llega de antiguo, pero se reafirma durante el siglo XVIII, se consolida en el XIX y se acepta en el XX. Por tanto en nuestra búsqueda, tratando de hallar explicaciones a lo sucedido, nos encontramos en su origen con la seria dificultad de enjuiciar a hombres de otras generaciones, pues aunque conozcamos con cierta exactitud los rasgos característicos de cada época, es totalmente imposible penetrar en las individualidades y mucho más todavía tratar de saber que serie de influencias de orden moral o social pesaban sobre las mentes de aquellos hombres.

Por tanto, no creo que sea momento de juzgar sino de enderezar y esto sí que creo que es fácil, porque insensiblemente, en casi todas las naciones civilizadas, van revertiendo *oficialmente* hacia la ciencia farmacéutica los que podríamos llamar conocimientos irredentos.

La solución del irredentismo no supone, en este caso, un cambio de dueño, sino el cultivo en común de una parte de la ciencia que es precisa a médicos y farmacéuticos y que además ambos grupos necesitan que el otro la conozca para cumplir sus destinos.

Y es que entre los diferentes practicantes de las ciencias médicas no puede haber cuestiones de competencia, me refiero, claro, a competencia, de competir, pero no a ser competentes en lo que a la doctrina médica se refiere, pues, a pesar de los años transcurridos, estoy de acuerdo con Hernández de Gregorio, de que el nombre de Medicina acoge a la medicina y a la farmacia unidas y no supone estrictamente el reconocimiento y el diagnóstico sino que éstos han de ir asociados a unos conocimientos científicos anteriores, entresacados de la doctrina general o de estudios especializados y se completan con la correspondiente

medicación. Concretando; el acto médico sólo es de utilidad cuando se complementa con el acto farmacéutico, el que, para actuar acorde, ha de inspirarse también en la doctrina médica.

Esta doctrina médica, considerada en toda su amplitud, debe estar integrada, en principio, por las llamadas ciencias del hombre, o mejor del estudio del hombre, la Psicología, la Fisiología y, como necesaria ligazón, la Antropología, a las que hay que añadir las correspondientes al hombre enfermo: Patología y sus complementos, Terapéutica y Farmacología.

Para discernir mejor si la Farmacia debe o no, nutrirse en la doctrina médica general, voy a analizar el «acto farmacéutico».

Considero «acto farmacéutico», aquel que realiza un profesional titulado de la Farmacia en el cumplimiento de su deber. Es evidente que si se quiere que este acto sea perfecto y lograr éxito profesional, hace falta que la persona que lo efectúe se haya preparado previamente.

Una de las facetas de esta preparación previa, es abastecerse de los conocimientos teóricos necesarios, basados en el perfecto conocimiento de lo que se *ha de hacer* y para *quién se hace*.

En la primera premisa: *conocimiento de lo que se ha de hacer* no hay por qué detenerse, pues siempre especieros, boticarios y farmacéuticos, la han cumplido con extraordinaria suficiencia, de acuerdo con los conocimientos de cada época.

No se puede afirmar, con tanta rotundidad que los farmacéuticos hayan tenido igual preocupación con la segunda parte. Pues aunque siempre han efectuado sus preparaciones considerando su elevado y comprometido destino, no han tenido demasiado interés en el conocimiento del mecanismo al que se iban a integrar y tampoco han considerado que lo que pasaba dentro de la «Fábrica» vesaliana podía ser tan importante, o más, para el farmacéutico como el profundo estudio de la Química.

En la moderna ciencia, aunque esto parezca un disparate, no se permiten las especializaciones a ultranza, existe el especialista y la tan cacareada «labor de equipo», pero a cada especialista se le exige unos extensos conocimientos básicos y cada «equipier» debe engranarse, no como en una serie de relevos en que su misión termina cuando y donde entrega el testigo, sino que debe ser una especie de trama, donde es difícil determinar la acción de cada individuo. Todos son especialistas, pero todos conocen la especialidad de sus compañeros, de esta manera es fácil el coloquio y se produce el sinergismo científico.

El «acto farmacéutico» hay que considerarle como integrante del más amplio «acto médico» y, por tanto, el farmacéutico, como hom-

bre de ciencia, debe dominar las ciencias del hombre, tanto las referentes al hombre sano como al enfermo.

Sería larguísimo solamente iniciar aquí un estudio de la relación de las ciencias antes citadas con el acto farmacéutico, pero basta recordar lo que son los seres humanos, según su raza, su sexo y demás circunstancias y lo que en ellos puede influir el sabor, el color, la presentación y la forma de administrar los medicamentos para que se vea la necesidad de conocer la Psicología y la Antropología, que cito precisamente por parecer las más alejadas.

Desde estas ciencias más lejanas al acto farmacéutico me voy a detener en la más próxima a nosotros: La Farmacología.

Para evitar, en lo posible, por exceso de apasionamiento, ser excesivamente subjetivo, voy a tomar como base las definiciones contenidas en el «Vocabulario de Ocupaciones» publicado por el Ministerio de Trabajo, español.

La definición de farmacólogo es bastante extensa y por ello voy a extractar las facetas que considero sustantivamente farmacéuticas. Empieza así: «FARMACOLOGO. El que profesa la farmacología, o sea la parte de la ciencia que tiene por objeto dar a conocer los medicamentos bajo todos los aspectos que puedan ilustrar sus aplicaciones» y continúa de esta manera: «Estudia los efectos de medicamentos, gases, polvos y otras sustancias sobre los tejidos, órganos y funciones fisiológicas de seres humanos y animales, y descubre y mejora medicamentos para la prevención y el tratamiento de enfermedades...»; «...lleva a cabo experimentos con animales, para determinar los efectos de los medicamentos...»; «...normaliza las dosis de medicamentos...»; «...analiza los productos destinados a conservar o dar color a los alimentos, las sustancias insecticidas y otras materias, con objeto de determinar su toxicidad o inocuidad; normaliza los procedimientos de fabricación de productos farmacéuticos y medicamentos polivalentes, descubre e identifica sustancias tóxicas que provocan la muerte, infecciones o enfermedades; registra los resultados obtenidos y prepara informes. Se especializa a veces en alguna rama de la farmacología, como el estudio de los efectos de los medicamentos sobre alguna parte del cuerpo, la elaboración de nuevos medicamentos para el tratamiento de alguna enfermedad, la toxicología, los anestésicos, los antisépticos o los desinfectantes».

En realidad todas estas funciones son propias del farmacéutico, no solamente considerado como hombre de ciencia, sino también en lo que podemos considerar como base de su profesión, entre las indicaciones que he transcrito se entrevé al microbiólogo, al bromatólogo y al creador de nuevos medicamentos. Pero sin embargo, no parece ser la opinión del Ministerio de Trabajo, que cree que el farmacéutico es única

y exclusivamente: «La persona que prepara y suministra medicamentos y otras preparaciones análogas a base de recetas o fórmulas. Posee título universitario y un permiso o certificado en el que consta que posee las calificaciones necesarias y está autorizado a ejercer su profesión».

Como se ve el Ministerio de Trabajo, tenía en 1963, un concepto de lo que debe ser un farmacéutico, totalmente distinto al nuestro, y muy parecido al del Protomedicato de los siglos que van del XV al XVIII, con la única salvedad, obvia, de que posee un título universitario.

Claro que es difícil saber si el que redactó, o los que redactaron, este Vocabulario, supuso al farmacólogo como un especialista, que puede ser médico o farmacéutico, ya que no aclara cuál es el título universitario que se debe poseer para poder ejercer legalmente esta especialidad.

Sin embargo, a pesar de esta mala calificación laboral, el farmacéutico científico, que es el que de verdad me preocupa, se va situando en su verdadero lugar y consiguiendo que en los estudios oficiales de Farmacia vayan apareciendo las asignaturas que representan conocimientos del cuerpo humano, preocupación por la economía del organismo, tanto del sano como del enfermo, pues se va comprendiendo ¡por fin! que es imposible investigar en el campo farmacéutico sin conocer al hombre al que van dirigidas todas sus preocupaciones.

Si encaramos al farmacéutico actual con el pasado de la Farmacia, tal como antes dije, en seguida tendremos una visión de evidente progreso. No me refiero solamente al progreso lógico de cualquier ciencia con el paso del tiempo, sino al progreso que significa un cambio de rumbo hacia derroteros más acertados, a los nombres de Bioquímica, Parasitología y otros que están ya al alcance de los estudiantes españoles, hay que añadir la Farmacología, la Terapéutica y algunas disciplinas más que se cursan más allá de nuestras fronteras y que son los elementos que ponen y mantienen en marcha a la Farmacia de nuestro siglo.

No obstante, la meta, aunque próxima, no está rebasada ni tan siquiera alcanzada, pero quizás una de las características de la Ciencia sea proponerse metas huidizas e inalcanzables, como le ocurría a Aquiles con la tortuga. Por eso llamo a esta estampa sub-realista, porque está tejida con sueños que, al irse haciendo realidades, crean otros sueños y así sucesivamente; pero lo verdaderamente interesante es que cada generación, al terminar su período de vigencia haya logrado dar realidad al farmacéutico onírico que se forjó en sus albores y deje a las siguientes promociones inquietudes capaces de germinar nuevos sueños.

Dice Dilthey: «Lo que de posibilidades de existencia haya en el hombre, nos lo trae a luz la Historia». Al hombre que yo quiero referirme y en realidad me estoy refiriendo, es únicamente al farmacéutico, que posiblemente esté experimentando en estos momentos su autognosis y por esta motivación se encuentra en crisis, ya que todavía no ha conseguido extender al resto de la Sociedad (incluidos gran número de sus compañeros de profesión) este nuevo conocimiento de sí mismo y de su hacer científico, pero de acuerdo con Dilthey, creo que la Historia enmendará estos yerros y nos dará cuenta, al mismo tiempo que de su progreso, de las enormes posibilidades de existencia que atesora la ciencia farmacéutica y por consecuencia la Farmacia misma en todas sus actividades siempre que se acompañen a la marcha de los tiempos.

## BIBLIOGRAFIA

### I. EXPLANACION

- ADLER, A. — «Conocimiento del hombre», Trad. esp. Méjico, 1962.  
ARISTOTELES. — «De generatione et corruptione», Trad. fran. París, 1934.  
ARISTOTELES. — «Física», Trad. esp. Madrid, 1935.  
BLOCH, M. — «Metier d'historien», París, 1949.  
COLLINGWOOD, R. G. — «Idea de la Historia», Trad. esp. Méjico, 1952.  
CROCE, B. — «Teoria e storia della storiografia», Roma, 1919.  
DAREMBERG, CH. — «Oeuvres anatomiques, physiologiques et medicales de Galien». París, 1854.  
DRAY, W. H. — «Laws and Explanation in History». Oxford, 1957.  
EDELSTEIN, L. — «The genuine works of Hippocrates». «Bulletin of History of Medicine», Baltimores, 1943.  
HAMELIN, O. — «Le systema d'Aristote». París, 1931.  
HERSKOVITS, M. J. — «Man and his works». Nueva York, 1948.  
HESSEN, J. — «Teoria del conocimiento», trad. esp. Méjico, 1956.  
JOLY, R. — «Hippocrate, médecine greque». París, 1964.  
KROEBER, A. L. y KLUCKHOHN, C. — «Culture, A critical review of concepts and definitions». Cambridge, 1952.  
MOON, R. O. — «Hippocrates and his successors». Londres, 1923.  
RICKERT, H. — «Ciencia cultural y ciencia natural», trad. esp. Madrid, 1922.  
ROS, W. D. — «Aristotte». Londres, 1930.  
SARTON, G. — «La vida de la ciencia». Buenos Aires, 1952.  
SINGER, C. — «Studies in the History and Method of Science». Oxford, 1912.  
TOYNBRE, A. — «A study of History», 1934-1954.

### II. ESTAMPAS DE LA HISTORIA

#### a) Estampa medieval.

- AGUIRRE, A. — «Rogerio Bacon». Barcelona, 1935.  
AMARI, M. — «Storia dei musulmani in Sicilia». Catania, 1932-1938.  
BERTHELOT, M. — «La Chimie au Moyen Age». París, 1893.  
BERTHELOT, M. — «Les origenes de l'Alchimie». París, 1895.  
BONNEROT, J. — «L'Université de Paris». París, 1933.  
CAMERON, O. — «A treatise on the Canon of medicine of Avicenna». Londres, 1930.  
CAPPARONI, P. — «Magistri salernitani nondum cogniti». Londres, 1923.  
CHARLES, R. — «Roger Bacon, sa vie, ses ouvrages, ses doctrines». París, 1861.  
DUHEM, P. — «Du temps où la Scolastique Latine a connu la Physique d'Aristote». París, 1909.  
GERMAIN, A. C. — «L'apothicairerie à Montpellier sous l'ancien régime universitaire». Montpellier, 1812.  
GRÜNEBAUM, G. E. von. — «Islam». Chicago, 1955.  
HALPEN, L. — «Les Universites au XIII siècle». París, 1931.  
HALPEN, L. — «Charlemagne et l'Empire carolingien». París, 1949.  
HITTI, Ph. K. — «History of Syria». Londres, 1951.  
MENEHINI, G. — «La Farmacia attraverso i secoli e gli speziali di Venezia e Padova». Padua, 1946.  
MEYERHOF, M. — «Thirtythree clinical observations by Rhazés». Londres, 1935.  
MIELI, A. — «La science arabe et son rôle dans l'évolution scientifique mondiale». Leyde, 1938.  
NEWMAN, J. H. — «The idea of a University». Cambridge, 1952.  
PIRENE, H. — «Les villes et les institutions urbaines». París, 1939.  
RASHDALL, H. — «Tre Universities of Europe in the Middle Age». Oxford, 1895.  
RENAN, E. — «Averroës et l'averroïsme». París, 1852.

- RENZI, S. de. — «Collectio salernitana». Nápoles, 1852-1859.
- RIPOLL, V. — «Historia de la Real Academia de Medicina de Valencia». Valencia, 1966.
- SAINT AMOUR, G. de. — «L'Université de Paris et les Ordres Mendicants au XIII siècle». Paris, 1895.
- THUROT, Ch. — «De l'organisation de l'enseignement dans l'Université de Paris au mayen âge». Paris, 1850.
- VITOLO, A. E. — «Gli statuti degli speziali italiani con particolare riguardo alle leggi della Repubblica Veneta». Pisa, 1958.

**b) Estampa renacentista.**

- BENEDITO MATEO, P. — «Libro para el examen de boticarios y también para enseñanza de muchos adolescentes». Barcelona 1494.
- BRAILLIER, P. — «Déclaration des abus et ignorance des medecins, oeuvre très utile et profitable à chacun estudeux et curieux de sa santé, composé par Pierre Braillier, marchand apothicaire de Lyon, pour reponse contre Lisset-Bénancio, médecin». Lyon, 1557.
- COLIN, S. — «Declaration des abus et tromperies que font les aphoticares, for utile et necesaire à ung chacun studieux et curieux de sa santé, composé par maistre Lisset-Bénancio». Tours, 1553.
- MASSALONGO, R. — «Girolamo Frascatoro e la rinascenza della Medicina in Italia». Venecia, 1915.
- PEREZ FONTANA, V. — «Andreas Vesalius y su época». Montevideo, 1963.
- ROBLES, A. — «Examen de simples medicinales que son usados en las boticas, según antiguos y modernos, griegos, árabes y latinos», 1611.
- SARTON, G. — «Six wings: Men of science in the Renaissance. Blomington.
- SIGERIST, H. E. — «Four treatises of Theophrastus von Hohenheim called paracelsus». Baltimore, 1941.
- STODDART, A. M. — «The life of Paracelso Theophrastus von Hohenheim». Londres, 1911.

**c) Estampa barroca.**

- ANDRE, L. — «Histoire de la Pharmacie». Paris, 1900.
- CHIARLONE, Q. y MALLAINA, C. — «Historia de la Farmacia». Madrid, 1865.
- ELSHALOTZ, J. S. — «Clystomatica nova», 1667.
- FUENTE PIEROLA, G. de la. — «Tyrocinio Pharmacopeo». Zaragoza, 1698.
- KEYNES, G. — «The life of William Harvey». Oxford, 1960.
- MALGESSEN, A. — «Genius epidemicus». Janus, Brill-Leiden, 1906.
- MAJOR, J. D. — «Chirurgia infusoria», 1664.
- MILLEPIERRES, G. — «La vie quotidienne des médecins au temps de Molière». Paris, 1964.
- PARTINGTON, J. R. — «A History of Chemistry». Nueva York, 1961.
- STAHL, J. E. — «De venae portae porta malorum». Halle, 1698.
- TORNDIKE, L. — «A history of magic and experimental science». Londres, 1958.
- VELEZ DE ARCINIEGA, F. — «Theoria Pharmaceutica». Madrid, 1624.
- VILLA, Fr. E. — «Examen de boticarios». Zaragoza, 1698.

**d) Estampa ilustrada.**

- CARBONELL, F. — «Chemiae ad medicinan applicationis usu et abusu disceptatio». Montpellier, 1801.
- CHEYMOL, J. y SOUBIRAN, A. — «La chaire de pharmacologie de la Faculté de médecine de Paris et ses titulaires». «La Presse Médicale», 1961.
- CHIARLONE, Q. y MALLAINA, C. — «Historia de la Farmacia». Madrid, 1865.
- FERRER, D. — «Biografía de Pedro Virgili». Barcelona, 1962.
- GRHAM, H. — «Historia de la Cirugía». Trad esp. Barcelona, 1942.
- GOMEZ CAAMAÑO, J. L. — «Historia del Real Colegio de Farmacia de San Victoriano», Barcelona, 1957.
- PI-SUNER, J. — «Antoni Gimbernat». Barcelona, 1936.
- RUIZ Y PABLO, A. — «Historia de la Real Junta Particular de Comercio de Barcelona». Barcelona, 1919.
- SMEATON, W. A. — «Feurcrory: Chemist and revolutionary». Cambridge, 1962.

USANDIZAGA, M. — «Historia del Real Colegio de Cirugía de Barcelona». Barcelona, 1964.

VOLTAIRE. — «Lettres sur les anglais», 1734.

e) **Estampa romántica.**

«Libro copiador de Oficios de la Escuela Especial de la Ciencia de Curar», 1823.

«Centenaire de l'Ecole supérieure de l'Université de Paris», 1903.

BERNARD, C. — «Leçons sur les propriétés des tissus vivants». París, 1865.

CHEYMOL, J. y SOUBIRAN, A. — «La chaire de pharmacologie de la Faculté de médecine de Paris et ses titulaires». «La Presse Médicale», 1962.

COMTE, A. — «Cours de philosophie positive». París, 1830-1842.

FRAY GERUNDIO. — «Teatro social del siglo XIX». Madrid, 1846.

GOMEZ CAAMAÑO, J. L. — «Historia del Real Colegio de Farmacia de San Victoriano». Barcelona, 1957.

GOMEZ CAAMAÑO, J. L. — «Breve historia de la Facultad de Ciencias Médicas» «Circular Farmacéutica», 1959.

HERNANDEZ DE GREGORIO, M. — «Anales histórico-políticos de la Medicina, Cirugía y Farmacia». Madrid, 1833.

f) **Estampa española.**

Los números correspondientes a la época de «LA FARMACIA ESPAÑOLA». Madrid.

Los números correspondientes a la época de «EL RESTAURADOR FARMACEUTICO». Barcelona.

«Publicación del Colegio de Farmacéuticos de Madrid en Honor del Excelentísimo Sr. D. José Rodríguez Carracido». Madrid, 1924.

AROSTEGUI, P. — «Instrucción compendiada del método preparativo y del tratamiento homeopático del cólera morbo epidémico». Madrid, 1885.

AUSO, M. — «La Homeopatía». Alicante, 1881.

BELLOGIN, A. — «La farmacia en sus relaciones». «La Farmacia Española». Madrid, 1886.

RODRIGUEZ CARRACIDO, J. — «Cuestiones bioquímicas y farmacéuticas». Madrid, 1924.

SIBANI, L. y BELLOGIN, A. — «Perfiles y semblanzas profesionales». Barcelona, 1888.

g) **Estampa sub-realista.**

«Vocabulario de Ocupaciones». Ministerio de Trabajo, 1963.

BACHELARD, G. — «Le nouvel esprit scientifique». París, 1937.

HANSON, N. R. — «Patterns of discovery». Londres, 1958.

LACOMBE, P. — «La Historia considerada como ciencia». Trad. esp. Buenos Aires, 1948.

MEYERSON, E. — «De l'explication dans la Science». París, 1927.

PLANCK, M. — «¿A dónde va la Ciencia?». Trad. esp. Buenos Aires, 1941.

ROWSE, A. L. — «The uses of history». Londres, 1946.

UEXCÜLL, J. von. — «Ideas para una concepción biológica del mundo». Trad. española. Buenos Aires, 1951.

**OBRAS GENERALES**

ANDRE-PONTIER, L. — «Histoire de la Pharmacie». París, 1900.

CROUZET, M. — «Historia general de las civilizaciones». Trad. esp. Barcelona, 1960-1964.

CHIARLONE, Q. y MALLAINA, C. — «Historia de la Farmacia». Madrid, 1865.

FOLCH ANDREU, R. — «Historia de la Farmacia». Madrid, 1927.

FOLCH JOU, G. — «Historia de la Farmacia». Madrid 1951.

HOEFER, F. — «Histoire de la Chimie». París, 1866.

LAIN ENTRALGO, P. — «Historia de la Medicina moderna y contemporánea». Barcelona, 1963.

PERRIN, F. — «Histoire des Sciences». París, 1956.

REUTER, L. — «Histoire de la Pharmacie a travers des ages». París, 1931.

SINGER, Ch. — «Historia de la Ciencia». Trad. esp. Méjico, 1945.

TATON, R. — «Historia general de las civilizaciones». Trad. esp. Barcelona, 1960-1964.

# DISCURSO DE CONTESTACIÓN

por el

M. I. Dr. D. ALFONSO DEL POZO OJEDA

Académico Numerario de la Real Academia de Farmacia de Barcelona  
Catedrático de Farmacia Galénica y Técnica Profesional  
de la Facultad de Farmacia de Barcelona

Excmo. Sr., Ilustres Académicos, Señoras y Señores:

La Junta de Gobierno de nuestra Ilustre Corporación me ha conferido el honor de recibir hoy en nuestra Sede al Dr. José Luis Gómez Caamaño. Si bien siento por una parte que la elección no haya recaído en otro Académico más versado en la ciencia del recipiendario y con más méritos personales que yo, por otra parte, no quiero silenciarlo, me llena de satisfacción el cumplir este honroso y grato deber de dar la bienvenida al nuevo compañero. En primer lugar porque son ya bastantes los años de mutua amistad que nos unen y además, y sobre todo, porque estoy seguro de que el Dr. Gómez Caamaño no viene hoy a nuestra Academia meramente a ocupar uno de sus sillones y a usufructuar una de nuestras medallas en la actitud pasiva del que ha alcanzado un objetivo. Por el contrario, todos esperamos de él, y sé que no nos defraudará, una labor plétórica de entusiasmo y llena de acierto.

Y porque le conozco bien sé que se va a encontrar a gusto entre nosotros y nosotros con él, porque su espíritu es ciento por ciento académico. Por esta razón estamos seguros que su trabajo no va a ser escatimado ni vulgar y que su actividad va a ser fructífera para la Ciencia farmacéutica y prestigiosa para nuestra Corporación.

Antes de contestar al discurso del Dr. Gómez Caamaño debo dedicar unos minutos como protocolariamente se acostumbra, a glosar su personalidad y sus méritos. Seré breve, pues ni quiero cansaros ni deseo herir su modestia, sobradamente conocida. Pero debéis permitirme unas palabras, justas y cordiales, en esta ocasión que se me depara para rendir un tributo a su valor humano, que se caracteriza por la sencillez, la abnegación y la elegancia espiritual: ello sólo justifica ya la satisfacción de considerarle amigo, de recibirle gustosamente como compañero y de antemano disfrutar con su amistad y con su compañía.

Y en cuanto a su personalidad intelectual, de hombre apasionado por la historia, o mejor aún, por la filosofía de la historia, habla ya elocuentemente el hecho de que en su bachillerato obtuviera matrícula de honor en todas las asignaturas relacionadas con la materia. Y si luego los azares de la vida le llevaron a doctorarse en Ciencias Químicas, a ampliar sus estudios en el entonces Instituto Nacional de Física y Química con el profesor Moles, a iniciarse en la docencia como auxiliar del profesor Crespí y a trabajar con Catalán y Duperier, todo ello contribuyó a dotarle de una base formativa sólida, que poco a poco, insensi-

blemente, le llevó, como a tantos otros, a través de la Física y de la Metafísica, al cultivo de la Filosofía y de la Historia, su «hobby» de siempre, que finalmente, habría de ser el objetivo básico de sus actividades intelectuales y científicas.

Entre uno y otro hechos iba a intervenir el avatar de nuestra Guerra civil, influyendo poderosamente en su futuro, empujándole a través de caminos sinuosos a su definitiva dedicación a la Historia de la Farmacia. Trastocado violentamente el planteamiento previo de sus aspiraciones juveniles, y por diversas circunstancias que no hacen el caso, hubo de encauzar su vida en el ámbito farmacéutico y, aceptando esta última manifestación de su destino, cursó la Carrera de Farmacia, cuyo doctorado culminó brillantemente años después, en una interesante Tesis Doctoral relacionada con la historia de la farmacia barcelonesa y, más concretamente, con la del Colegio de San Victoriano y de sus hombres más representativos. Venía con ello a insertarse definitivamente en la meta de su vocación, en una ruta que ya no abandonaría durante los años subsiguientes, hasta la actualidad. La labor realizada por el doctor Gómez Caamaño es positiva y abundante: al lado de su actuación profesional, en oficina de farmacia, en las industrias farmacéutica y cosmética y en asesoramientos científicos en empresas editoriales que simultánea increíblemente, más de medio centenar de publicaciones, entre las que descuellan sus tesis doctorales, ambas calificadas en su día con sobresaliente y la de Ciencias con Premio extraordinario, patentizan su capacidad de trabajo y avalan su ejecutoria científica e intelectual que le ha traído hasta nosotros.

\* \* \*

El Dr. Gómez Caamaño nos ha planteado en su discurso una tesis que culmina en un interrogante: ¿Tiene sentido nuestra Ciencia farmacéutica actual desligada de la Ciencia médica? Las situaciones del pasado y las oportunidades desaprovechadas a lo largo del tiempo en cuanto a una fusión real y verdadera de ambas Ciencias en un todo común y más perfecto ha sido realmente el «leit motiv» del discurso y su análisis constituye una aportación histórica del más alto interés, importante y apasionada, del nuevo Académico.

No osaría hacer yo ahora un comentario a tan magnífico trabajo del Dr. Gómez Caamaño, que en la elección y magistral desarrollo del tema, ya ha puesto de manifiesto algo de lo mucho que en cuanto estudioso y amante de la Farmacia lleva en sí. Ello sería tarea superior a mis fuerzas y me excusa suficientemente. Pero sí quiero glosar este punto de hondo significado y que plantea con precisión un problema cuya solución se vislumbra. Yo creo que lo verdaderamente importante no es que hoy nos haya hecho pública el Dr. Gómez Caamaño su interrogación, sino que se haya producido al cabo de tantos siglos de exis-

tir la Farmacia como profesión independiente, aunque ligada a la Medicina por lazos de consanguinidad y de servidumbre. Y además, porque después de tantos siglos de coexistencia profesional médico-farmacéutica, no se ha llegado nunca a expresar abiertamente en los términos en que lo ha hecho el Dr. Gómez Caamaño, precisamente ahora, cuando ciertas características del ejercicio profesional, al modo clásico, comienzan a desdibujarse y apreciamos con más claridad que nunca, no sólo la finalidad de ambas Ciencias, sino el interés de hermanarlas en un ámbito compartido, situado por encima del nivel puramente profesional.

Porque es indudable que la aportación farmacéutica a la Ciencia médica puede ser, lo es ya, beneficiosa y beneficiada y nunca las circunstancias fueron más propicias para el acercamiento y la fusión, prácticamente realizados ya en zonas parciales de competencia científica, principalmente en terrenos desligados de la estricta profesionalidad.

No podemos despreciar los farmacéuticos la modestia de nuestro origen: por el contrario, hemos de mostrarnos orgullosos de nuestros antecesores que poco a poco supieron progresar desde el artesanado hasta el ejercicio profesional basado en una formación científica establecida y reconocida hoy por la sociedad, unánimemente, en todos los países.

De la humildad de nuestro linaje, en el aspecto material, que no en el espiritual, atestigua el Dr. Gómez Caamaño en su discurso. Es evidente que los «preparadores de medicamentos» árabes no serían otra cosa sino modestos artesanos que, de la mano de Mesué, Razés, Avicena o Maimónides, darían forma material, sin originalidad alguna, y sin espíritu creador, a lo teóricamente elaborado por los médicos de la época. Y hemos de admitir, asimismo, que en la Baja Edad Media las funciones preparadoras serían, igualmente, por delegación y a instancia de los médicos finchados de escolasticismo. Y ya en estos momentos la ruta está marcada: no puede extrañarnos que, al ganar preeminencia el estado llano —oportunidad magnífica desde siglos para dar, al fin, fe de vida— el farmacéutico continuara por el camino trillado, atendiendo al «*primum vivere*» más que a cualquiera otra consideración, ni de tipo científico, que aún no era lo suyo, ni como profesional liberal, a lo que todavía no había accedido en realidad. Pues: ¿qué otra cosa era, por entonces, sino mezcla de artesano y mercader? A lo sumo sólo poseía por entonces un ligero barniz cultural y técnico, como núcleo, todavía oculto, de más altas empresas futuras.

Habían de pasar todavía largos años y aún siglos, hasta que el farmacéutico, ascendiendo desde el primitivo punto de partida vislumbra otros horizontes e, iniciado en principio por una formación euasi-

científica, comenzara a recorrer por cuenta propia un nuevo camino de perfección.

Pero lo emprendió al fin y hoy no puede dejar de reconocerse la gran influencia de muchos farmacéuticos en el progreso de la Química moderna —que trascendiendo de la Alquimia se transformaba en química médica a la sazón— en los siglos XVI y XVII, así como su intervención en las Ciencias Naturales, sobre todo, en la Botánica, en aquellos y en los subsiguientes siglos y su feliz participación en el desarrollo de la química vegetal del siglo XIX, lo mismo que su presencia viva en la ciencia bioquímica y en la farmacia industrial de nuestros días. Y en el aspecto cultural, su cooperación en el nacimiento y expansión de las Academias científicas, reunión de espíritus aristocráticos, ávidos de conocer y de transmitir conocimientos, que alumbraron nuestra Ciencia actual.

La trayectoria es, pues, magnífica y nadie podría poner en duda la evidente superación. El camino fue lento y tortuoso, porque barreras difíciles de franquear obligaron al farmacéutico, en cuanto a profesional científico, a acomodarse a las zonas de menor resistencia, en las que encontró, como químico y naturalista, motivos de estudio y remansos de atractivo cultural. Por ello la ciencia farmacéutica hubo de transcurrir, en tanto que ligada a lo profesional, paralelamente a la médica. Y por ello nos preguntamos hoy aquí si tiene sentido en la actualidad esta separación y cómo se ha podido llegar a nuestros días sin un planteamiento formal de la situación y sin encontrar una respuesta, satisfactoria o no, de un estado de cosas que hoy debe ser tomado en consideración.

Yo entiendo que, al menos parcialmente, la respuesta queda ya esbozada. El profesional —farmacéutico, médico, abogado o químico, o lo que sea— no representa en realidad a su ciencia, a las ciencias que constituyen su base formativa o su bagaje intelectual, en tanto que universitario— por cuanto que en su ejercicio profesional únicamente aplica sus consecuciones prácticas, es decir, las técnicas propias de su cometido y circunscritas a él. De la ciencia recibe los elementos necesarios y suficientes para realizar su tarea y los conocimientos precisos para crear y modificar las técnicas del «oficio», pero él ni crea ni transmite ciencia, hablando en términos generales, porque también hemos de admitir la simbiosis científico-profesional o profesional-científica en ciertos individuos que, aunque no muy numerosos, siempre han constituido «élite», y han sido, en realidad, quienes en ciertas épocas pasadas, han representado en exclusiva nuestra ciencia farmacéutica, asentada en la profesión.

Ahora bien: desde un punto de vista estricto, la ciencia farmacéutica —contorno de las diversas ciencias que constituyen su núcleo— es,

en realidad, una ciencia joven. Sólo desde el siglo pasado se han independizado de la tutela profesional e, incluso en algunas naciones de alto nivel y desarrollo cultural, como en Inglaterra, la creación de Facultades de Farmacia, adscritas exclusivamente al estamento universitario, data todavía de pocos años.

Y pensemos ahora en la «ciencia farmacéutica» nacida de la profesión, basada en sus comienzos en lo que hemos llamado una formación sólo cuasi-científica y desarrollada enteramente por profesionales vocacionalmente científicos, pero cohartados por las circunstancias y circunscritos, por lo general, al ámbito reducido de su oficina de farmacia. Científicos de verdadera vocación y de significativa talla, ejemplo vivo para los que, con otros medios y en otro ambiente, habríamos de conocer épocas posteriores, de seguro menos fructíferas, pero ciencia vivida bajo el signo coactivo de lo puramente experimental, privado en gran parte de su expansión especulativa por culpa, precisamente, de la propia barrera de lo profesional, que en el orden práctico, hoy como ayer, tiende a delimitar de manera estricta los campos de actuación personal e incluso, corporativa.

No debe, pues, extrañar que cuando sobre la base preestablecida se instituyen los estudios farmacéuticos a nivel universitario y comienza a desarrollarse la ciencia farmacéutica como tal, independiente de la profesionalidad, aquéllos configuren los modelos ya existentes: Farmacia, Química y Ciencias Naturales. Bastante era lo ya conseguido y hubiera sido mucho pedir la anulación de la inercia: el mismo fenómeno por el que los primeros automóviles fueron trasunto de sus inmediatos predecesores, los coches de caballos o por el que muchas teorías nuevas nacen a menudo lastradas con elementos tradicionales.

Pero a medida que los estudios farmacéuticos progresan, van incorporando paulatinamente nuevas enseñanzas, ligadas a veces a las necesidades del ejercicio profesional y otras, a las exigencias formativas precisas para el avance de la nueva ciencia farmacéutica en curso de actualización. Un análisis de las materias incluidas hoy en los diferentes planes de estudios farmacéuticos muestra claramente cómo, poco a poco se ha ido venciendo la inercia, mantenida en gran parte por ideas preconcebidas en cuanto a limitación de funciones que, en definitiva, no es sino la expresión de los vicios —y, en cierto modo, de las virtudes— de la profesión liberal, entendida al modo tradicional hoy ya en declive.

Y así, en los modernos planes de estudios farmacéuticos se incluyen materias tales como la histología, fisiología y anatomía humanas, parasitología, semiología, patología, farmacología, farmacodinamia, bio-farmacéutica, etc., junto a los clásicos estudios de tipo químico y naturalista y diversas materias actuales de ellos derivadas, como la microbiología

y la bioquímica, la toxicología y la bromatología o la físico-química y la tecnología farmacéutica.

Esta sola enumeración da idea de que la nueva ciencia farmacéutica apunta hacia objetivos bastante más ambiciosos que los señalados en las centurias precedentes e incluso ya bien entrado el siglo actual. Es cierto que en las zonas de estricta profesionalidad sigue habiendo fronteras celosamente guardadas y ello es, hasta cierto punto, lógico en algunos sectores, pero, por fortuna, en el ámbito científico no sucede lo mismo. Por otra parte, la actualización, tanto de los oficios como de las profesiones liberales ha creado la especialización: el especialista cubre hoy con su trabajo y con sus conocimientos y realizaciones, sectores parciales del cada vez más amplio y difuso campo de la ciencia y de la técnica de nuestros días, cuyo progreso se debe, fundamentalmente, al trabajo en equipo.

La colaboración estrecha, progresivamente acusada, de estos especialistas científicos y técnicos de diversa extracción, embarcados en una empresa común ha venido a fluidificar zonas de fricción tradicionales entre universitarios y a poner de manifiesto la importancia del «saber hacer» sobre la mera posesión de un título que habilita para un ejercicio profesional, que en muchos casos ha dejado de ser «modus vivendi» habitual y, por tanto, en cierto modo, «torre de marfil». Y como el «saber hacer» es secuela de la formación, de aquí la amplia base científica y la estricta especialización técnica posterior que caracterizan cada vez más acusadamente los estudios superiores universitarios.

Es así, precisamente, como este nuevo aspecto, parcial pero importante, de la profesionalidad vuelve hoy a influir en el desarrollo eficaz de nuestra ciencia farmacéutica, ensanchándola y poniéndola en condiciones de complementarse eficazmente con la ciencia médica, impulsándola a fundirse de nuevo con ella, cerrando un ciclo abierto hace ya muchos siglos. El modesto artesano que se desglosó del soberbio tronco médico, nacido para ejecutar manualmente las recetas magistrales, después de elevarse desde sus modestos orígenes, está hoy en condiciones de ofrecer a la medicina, en condiciones ventajosas, el prestigio y la aportación de su ciencia y de su técnica. Como un hijo pródigo, aunque exento de pecado original, gustoso de volver al solar paterno, no sólo para acogerse al lazo de la consanguinidad sino — y esto es importante— para aportar su experiencia y su propio esfuerzo al incremento del patrimonio familiar.

Y es que nuestra ciencia, tradicionalmente de carácter químico-naturalista, posee un valor potencial quizá no estimado todavía en su magnitud real por quienes están no sólo en disposición, sino en la obligación de encauzarlo definitivamente en beneficio de la Sociedad. Porque mantener un rango universitario para beneficio exclusivo de una

profesionalidad proyectada a la mera dispensación de medicamentos envasados puede parecer —y en realidad lo sería— si no hubiese otras razones inactual y antieconómico: pero dedicar una Facultad universitaria al estudio pleno y absoluto del medicamento en todos sus aspectos, sin restricción alguna, con todo lo que supone en el aspecto científico, técnico, profesional y económico-industrial, es otra cosa, y más aún si se aprovecha eficazmente esta ciencia como base para realizaciones en el campo fisiológico, farmacológico, bioquímico, etc., en estrecha colaboración con la ciencia médica de nuestros días.

En mi entender, hoy han cambiado por completo las circunstancias que, si no justificaron, al menos explicaron, que ambas ciencias, médica y farmacéutica, se desplazaran en el pasado por rutas paralelas e independientes. Esperemos que al confluir de nuevo ambas ciencias encuentren su total y completa justificación, contestando así cumplidamente a la cuestión planteada aquí por el Dr. Gómez Caamaño, en forma de colaboración eficaz y desinteresada, a que les obliga el fin último de su verdadero objetivo aplicado al bienestar de la Humanidad.

\* \* \*

Decía al principio que el espíritu del Dr. Gómez Caamaño es académico ciento por ciento. La Academia, tal como renació en la Edad Moderna ha venido a ser, en el exponente cultural de cada época, estudio y diálogo de la actualidad científica, motor de ideas de progreso y remanso intelectual, fuente a su vez de nuevas proyecciones culturales y científicas. De tal manera esto es así, que para cumplir su cometido el Académico debe poseer ante todo, amplia base formativa, visión reposada de la Naturaleza y espíritu universal, abierto a la rosa de los vientos de la cultura. Bien sé yo —y hablo por propio conocimiento— que difícilmente pueden darse todas estas condiciones en una persona, pero sí sé que se cumplen en el recipiendario que con gusto saludamos y con satisfacción acogemos entre nosotros.

Señor Presidente: Se han cumplido ya los trámites protocolarios prescritos por la regla para recibir al nuevo Académico numerario: que la medalla que vais a imponerle y el pergamino que así lo atestigua, sean para él estímulo renovado y para nosotros, motivo de grata memoria.

He dicho.